



PROCESO DE CANONIZACION DE SANTO DOMINGO

INTRODUCCION

La inscripción de Santo Domingo en el Catálogo de los Santos, la llevó a cabo el Papa Gregorio IX mediante la bula *Fons sapientiae*, del 3 de julio de 1234. Como podrá comprobar el lector en la traducción de la misma que ofrecemos más adelante¹, esta bula es un documento de carácter alegórico al gusto del tiempo, pero en el que apunta una teología de la historia en torno a la vida religiosa, para situar en ella a Santo Domingo y su Orden. En este documento aparecen también los sentimientos personales del Papa, revelando su amistad y veneración por la figura del Padre de los Predicadores: «Gracias, pues, a la gran familiaridad que tuvo con Nos cuando ocupábamos un cargo más modesto, teníamos ya pruebas de su santidad, habiendo podido admirar personalmente su vida». Gregorio IX le había conocido y tratado ampliamente y, cuando todavía era legado de la Sede Apostólica en Bolonia, presidió los funerales a la muerte del Santo. No es extraño, por tanto, que tomara con empeño todo lo concerniente a la canonización de fray Domingo, Maestro de la Orden de Frailes Predicadores.

A la bula *Fons sapientiae* precedieron una serie de tareas, para llevar a cabo con mandato del Papa un proceso canónico en toda regla. Los trabajos se reflejaron en unas *Actas*, que constituyen hoy un tesoro de inestimable valor para el conocimiento de la fisonomía espiritual de Santo Domingo. Se cuentan entre las *Actas* más antiguas de canonización que se conservan.

Santo Domingo murió el 6 de agosto de 1221, y le fue decretado el honor de los altares el 3 de julio de 1234. Transcurrieron, por tanto, trece años entre la muerte y la canonización. Algunos contemporáneos y especialmente el Beato Jor-

¹ Cf. p.190-193.

dán de Sajonia, denunciaron un cierto descuido con relación al empeño por fomentar la devoción entre el pueblo. Es más, Jordán de Sajonia reacciona contra algunos frailes del convento de Bolonia, que no veían con buenos ojos el incremento de la veneración popular en torno a su sepulcro.

Pero el Maestro Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo al frente de la Orden, fue uno de los que puso manos a la obra, para que esta luz que el Espíritu había encendido en su Iglesia, no se extinguiera en las tinieblas del olvido. Escribió la obra sobre *Los orígenes de la Orden*, y se dolió del abandono a que estuvo expuesto el sepulcro en el tiempo que duraron las obras de reconstrucción de la iglesia de San Nicolás de Bolonia. Buscó una coyuntura favorable para hacer solemne traslado de los restos a un lugar más digno.

La traslación de los restos de Santo Domingo, de la primitiva sepultura bajo el pavimento de la iglesia, a un nuevo sepulcro de mármol, se verificó en mayo de 1233. Del hecho, así como de los portentos que se obraron en aquella ocasión, da cuenta el Maestro Jordán en la denominada *Carta encíclica a toda la Orden*².

El traslado de los restos de Santo Domingo señaló el comienzo de una nueva etapa de acrecentamiento de la devoción entre los frailes y el resto de los fieles. Es verdad que los tiempos anteriores no habían sido demasiado propicios para trabajar por una difusión de su conocimiento, y para pensar en una canonización. La zona de Lombardía no había gozado de paz en aquellos años, e incluso a la ciudad de Bolonia se le había levantado un entredicho en abril de 1233³. Pero a partir de la primavera de 1233, todo parecía favorable para acelerar la canonización de Santo Domingo, en la que estaba muy interesado el propio Gregorio IX. Este había decidido que el traslado de sus restos no fuera privado, sino canónico.

La traslación se hizo por los días en que un número considerable de frailes se había reunido para el capítulo general. Ellos fueron, sin duda, quienes pregonaron por todas partes el fervor manifestado por los fieles boloñeses en torno a las reliquias, y los portentos con los que el Señor había querido ratificar los méritos, adquiridos por Domingo durante su vida mortal. Entre los mayores promotores de su devoción por tierras de Lombardía hay que mencionar a fray Juan de Vicenza.

² Cf. p.123-127.

³ Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.594 y 603.

Terminadas las fiestas del traslado, se desplazó una comisión a la Corte papal para pedir la incoación de la causa. Iba en nombre del obispo, clero, podestá, vecindario y universidad de Bolonia. El Papa Gregorio IX accedió, nombrando tres comisarios o jueces delegados, por medio de un documento fechado el 13 de julio de 1233. Fueron los comisarios: Tancredo, arcediano de la iglesia catedral de Bolonia; Tomás, prior de Santa María de Reno, y Palmiero, canónigo regular de San Agustín en la iglesia de Campagnola, diócesis de Reggio.

Estos tres comisarios del proceso comenzaron a recibir testificaciones en Bolonia el 6 de agosto de 1233, duodécimo aniversario del feliz tránsito de fray Domingo a la casa del Padre. Inició las declaraciones juradas fray Ventura o Buena-ventura de Verona, prior del convento de San Nicolás de Bolonia. Tras él, y hasta el 17 de agosto de ese mismo año, 1233, respondieron ante el tribunal ocho frailes más: Guillermo de Monferrato, Amizo de Milán, Bonviso de Piacenza, Juan de España o de Navarra, Rodolfo de Faenza, Esteban de España, Pablo de Venecia y Frugerio Pennese. Nueve frailes de la Orden de Predicadores, escogidos, sin duda, entre los muchos que podían testificar acerca de Santo Domingo. El notario Aldrovandi levantaba puntual acta de cuanto se declaraba.

Los comisarios nombrados por el Papa es seguro que se sirvieron de unos puntos para conducir su interrogatorio. El P. Vicaire cree que se trataba de una lista de 25 preguntas, que abarcaban los siguientes temas: 1. celo por la salvación de las almas, 2. espíritu de oración, 3. asiduidad en la predicación, 4. constancia en combatir a los herejes, 5. amor a la pobreza, 6. exigente para consigo mismo, 7. comprensivo para con los demás, 8. castidad, 9. humildad, 10. paciencia, 11. fortaleza de ánimo ante las persecuciones, 12. alegría en la tribulación, 13. piedad, 14. bajo aprecio de sí mismo, 15. cuidado de los frailes enfermos, 16. consolador de los afligidos, 17. amante de la regularidad, 18. ejemplar para los frailes, 19. desestima de la gloria del mundo, 20. generosidad, 21. hospitalidad, 22. amigo de los religiosos, 23. no tenía otro lecho que la iglesia, 24. pobreza en el vestir, 25. comprometido en la *cuestión de la fe y de la paz*⁴.

Las *Actas del proceso de Bolonia* se han conservado en dife-

⁴ Cf. *Saint Dominique de Caleruega*.... v.197.

rentes manuscritos y se han editado en repetidas ocasiones. Sin embargo, no se puede decir que poseamos hoy el texto original salido de la pluma del notario Aldrovandi⁵. Podemos afirmar también que los primeros biógrafos del Santo tuvieron muy poco en cuenta estas Actas. Se conservan manuscritas en Venecia, Módena, Madrid y Bolonia. Se han editado parcialmente al publicar la obra de Teodorico de Apoldia, *Libellus de vita et obitu et miraculis S. Dominici et de Ordine quem instituit*⁶, así como en la obra de Juan Antonio Flaminio, *Vitae Patrum Ordinis Praedicatorum*⁷. El proceso de Bolonia fue editado en forma completa por G. J. Echard, a comienzos del siglo XVIII⁸. El manuscrito que sirvió de base para la edición de Echard fue uno que contenía las obras históricas de Bernardo Gui, del convento dominicano de Carcasona. Por tanto, el texto que ofrece Echard fue el que transmitió Bernardo Gui, a comienzos del siglo XIV⁹.

El P. Angelus WALZ publicó un texto crítico en 1935¹⁰, estableciendo como fundamento de su edición el manuscrito conservado en la Biblioteca Marciana de Venecia¹¹.

Aceptando la conclusión a que llega el P. Koudelka, de que Bernardo Gui ofrece un texto mejor que el transmitido por el manuscrito de Venecia¹² y, por tanto, que es preferible la edición de Echard a la de Walz, hemos hecho nuestra traducción de las Actas de Bolonia, a partir del texto que se encuentra en el tomo primero de la obra titulada *Scriptores Ordinis Praedicatorum*¹³.

Finalizado el interrogatorio de los testigos de Bolonia, los comisarios dirigieron un escrito a Toulouse, el 19 de agosto de 1233. Los destinatarios eran: el abad de la iglesia de San Saturnino, el arcediano de San Esteban, llamado Raimundo Donat, y Poncio, arcediano de San Saturnino. Los de Bolonia les delegaban para que recogieran testimonios jurados de per-

⁵ Cf. KOUDELKA, *Les dépositions...*, p.48.

⁶ KOUDELKA, *Les dépositions...*, p.48.

⁷ Bononiae 1529, f. LXVI-LXXVIII.

⁸ QUETIF-ECHARD, *Scriptores...*, t. I, p.44-56. .

⁹ Cf. KOUDELKA, *Les dépositions...*, p.49. Asegura que el texto que ofrecen los Bolandistas (*Acta Sanctorum*, Augusti, I, Antwerpiae 1733, p.628-640), y Th. Mamachi (*Annalium Ordinis Praedicatorum*, vol.I, Romae 1756, App. col.99-136), es el de Echard.

¹⁰ MOPH, t.16, p.123-167.

¹¹ IX, 61(3287), f.23-40.

¹² *Les dépositions...*, p.61.

¹³ p.44-56.

sonas fidedignas. Un amplio espacio de tiempo de la vida de Santo Domingo había transcurrido en el mediodía de Francia, y de ese período estaban en grado de reunir testimonios allí. Si no podían participar los tres comisarios delegados en los interrogatorios, determinaban que al menos estuvieran dos de ellos presentes. Cuando tuvieran redactadas todas las respuestas, las corroborarían con sus sellos, y las enviarían cerradas a Bolonia para remitirlas al Papa, en unión con lo que habían recopilado los comisarios boloñeses.

Los subcomisarios de Toulouse, de hecho, se sirvieron de intermediarios; fueron éstos dos frailes dominicos del convento de Prulla, y dos monjes del monasterio de San Antonino de Frédelas, en Pamiers. También aquí se utilizó el mencionado formulario de preguntas.

Los testimonios se recogieron en la zona del Languedoc, y son mucho más breves que los de Bolonia. Se ofrecen las respuestas de 27 testigos, pero se dice al final que figuraban más de 300 nombres de hombres y mujeres, que ratificaban con juramento la verdad de las declaraciones precedentes. Fray Domingo era para ellos el hombre más santo que habían visto en su vida.

En cuanto a las versiones de los testimonios recogidos en el Languedoc, no existe problema relativo al texto que transmiten. Nuestra traducción está hecha a partir de la edición más reciente, que es la del P. Walz¹⁴. Añadimos, sin embargo, unos fragmentos desconocidos, procedentes de un manuscrito conservado en la Biblioteca Estense de Módena, y que ha editado el P. Koudelka en 1972¹⁵. Estos fragmentos ofrecen datos sobre el desarrollo del proceso en el Languedoc. Los delegados de los subcomisarios de Toulouse fueron por diferentes lugares, escuchando a personas que conocieron a Santo Domingo. Así sabemos que, además de recibir testificaciones en la abadía de Boulbonne, en el cabildo de canónigos regulares de San Antonino de Frédelas, en Pamiers, y en Fanjeaux, recabaron también el parecer de personas residentes en Prulla, Villasavary y Montreal. Hoy podemos afirmar que las hermanas de Prulla también fueron interrogadas; en estos nuevos fragmentos del manuscrito de Módena se citan los nombres de cinco de ellas: Aysa, Savara, Crisana, Arcliares y Saura de Valenti.

¹⁴ MOPH, t.16, p.176-187.

¹⁵ *Les dépositions...*, p.64-66.

Los subcomisarios de Toulouse remitieron todo el material a los comisarios de Bolonia, con una carta de la que ignoramos la fecha. Desde Bolonia se hicieron llegar a la Curia papal las Actas, conteniendo cuanto habían aportado los testigos, junto con un elenco de milagros atribuidos a la intercesión de Santo Domingo.

El acto final del proceso fue la bula *Fons sapientiae*, firmada por Gregorio IX en la ciudad de Rieti, el 3 de julio de 1234¹⁶. El Papa, por medio de este documento, inscribía a Santo Domingo en el Catálogo de los Santos, y señalaba su fiesta para el 5 de agosto. El 6, fecha en que murió, celebraba la Iglesia la festividad de la Transfiguración del Señor. Cuando en 1558 el Papa Pablo IV dio un carácter universal a la fiesta romana de Nuestra Señora de las Nieves, pasó la celebración de Santo Domingo al 4 de agosto. La reforma del calendario litúrgico consiguiente al concilio Vaticano II, ha fijado su fiesta para el día 8 de agosto.

¹⁶ Tomamos el texto que ofrece WALZ, en MOPH, t.16, p.190-194.

I. MANDATO DEL PAPA GREGORIO IX A LOS COMISARIOS DE BOLONIA

Gregorio obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestros amados hijos el arcediano de Bolonia, el prior de Santa María de Reno y fray Palmiero, canónigo de la iglesia de Campagnola, de la Orden de San Agustín, pertenecientes respectivamente a las diócesis de Bolonia y Reggio, salud y bendición apostólica.

El Creador omnipotente y eterno de todo lo visible e invisible, aunque conforta al pueblo que formó con el regalo incessante de abundantes gracias, lo renueva, sin embargo, mediante la producción de nuevos beneficios, signos del afecto con que creó a la humanidad, y de los efectos mediante los cuales realiza la salvación. Lo prueba el delicioso espectáculo de nuevas flores y lo manifiesta la cosecha gratuita de nuevos frutos. Así pues, para manifestar a los fieles las eternas delicias, para aumentar en las gentes la fe, esperanza y caridad, para dirigir los pasos de los que están sentados en las tinieblas y sombra de muerte por el camino de la paz y claridad eterna [Lc 1,79], el Creador admirable del sol y la luna produce desde su trono celeste nuevas luminarias que irradian luz inextinguible. Por su medio, los corazones devotos, que buscan las mansiones radiantes de la luz inefable, se inundan de una ilimitada alegría, y reciben infinitos beneficios de todo género.

Con razón se alegran muchos en nuestro tiempo, por haber visto en pleno día una estrella, aun cuando recuerdan haber contemplado innumerables en el transcurso de la noche. Se alegraban también los Magos por el fulgor de las estrellas, que la sabiduría de Dios permitió admirar desde la creación, pero como esperasen una nueva estrella en el Oriente [Mt 2,1-2], anunciando el nacimiento del Rey, se llenaron de gozo indescriptible al contemplarla. De igual modo se alegra la Santa Madre Iglesia cuando en su resplandeciente firmamento, iluminado por los destellos de los diferentes santos, comienza a brillar un nuevo astro que proyecta de una manera singular y excepcional una luz potentísima, por la cual se disipan las tinieblas de los que no conocen al

Señor, se combaten las doctrinas perversas de los herejes, y se acrecienta la fe gozosa de los fieles.

Ciertamente, hemos creído con gozo desde hace tiempo que fray Domingo, de venerable memoria, fundador y Maestro de la Orden de Predicadores, por obra de la divina misericordia está unido a la comunidad de los santos, y muestra por medio de prodigios, que participa ya de la gloria de la bienaventuranza. Pues ante su tumba y en otros lugares, por la invocación de su nombre y la súplica procedente de una sincera piedad, el Señor que es admirable en lo alto [Sal 92,4], obra milagros en abundancia en beneficio de muchos.

En verdad, aun cuando por las eminentes virtudes con que estuvo en otro tiempo plenamente adornado el recordado fraile, así como por sus conocidos milagros, con los que según afirman brilla su santa sepultura, se deba afirmar por boca de la Esposa celeste, que se encuentra entre el número de los santos, sin embargo, como la verdad no brilla tan presto en las mentes inclinadas a la duda, y el primer relato de las cosas milagrosas no suele hacer exultar igualmente el ánimo de todos, ya que no es oro todo lo que reluce, ni toda blancura marfil, Nos, guiados por la prudencia, conviene que obremos con presteza en las cosas ciertas y con lentitud en las dudosas; a vuestra discreción, de la que tenemos plena confianza en el Señor, os mandamos mediante documento apostólico que iniciéis una averiguación. Considerad prudentemente que la Luz verdadera [Jn 1,9] y Señor de los santos, Jesucristo, por medio de signos notorios y prodigios a la vista de todos [2 Co 12,12], confortó el ánimo temeroso de los discípulos, iluminando sus mentes entenebrecidas con la certeza manifiesta de su gloriosa resurrección. Examinad, por tanto, la vida y conducta de este fraile, del que es manifiesto que agradó a Dios y a los hombres, así como los milagros que, por la intervención de Dios, se obran ante su cuerpo santo, teniendo en consideración sólo el honor de la divina Majestad; procurad averiguarlo con esmerada diligencia y solicitud vigilante, mediante testigos idóneos; todo lo cual pondréis por escrito autenticado con vuestros sellos, conservándolo fielmente, y nos lo enviaréis por medio de embajadores oficiales y dignos de confianza, cuando recibáis mandato apostólico para ello. Si no podéis intervenir todos en la ejecución de estas formalidades, llevadlo a cabo al menos dos de vosotros. Dado en Letrán, el 13 de julio del año séptimo de nuestro pontificado [1233].

II. ACTAS DE LOS TESTIGOS DE BOLONIA

TESTIMONIOS APORTADOS EN LA AVERIGUACIÓN HECHA ACERCA DE VIDA, MUERTE Y MILAGROS DEL BIENAVENTURADO DOMINGO

Testigos aceptados en virtud del mandato del Papa Gregorio IX, para responder acerca del género de vida y muerte de fray Domingo, fundador y primer maestro de la Orden de Hermanos Predicadores, por el maestro Tancredo, arcediano de Bolonia, Tomás, prior de Santa María de Reno, y fray Palmiero, de la iglesia de Campagnola, pertenecientes respectivamente a las diócesis de Bolonia y Reggio. Fueron introducidos por fray Felipe, canónigo de la misma Orden, nombrado procurador por fray Ventura, prior del convento anejo a la iglesia de San Nicolás, perteneciente a la Orden de Predicadores, y por el capítulo de la misma iglesia, congregado como de costumbre al toque de campana en la sala capitular. La averiguación se extendía también a los milagros obrados por Dios en virtud de los méritos de fray Domingo, tanto antes como después de su muerte. Juraron ante los mencionados inquisidores, en el año del Señor 1233, indicción sexta.

Testigo I

1. *Fray Ventura de Verona*¹, presbítero y prior del convento de Frailes Predicadores de Bolonia. Hecho juramento, dijo: que hacía más de trece años que había entrado en la Orden de Frailes Predicadores, persuadido y aconsejado por fray Domingo, fundador y primer maestro; en sus manos hizo la pro-

¹ Recibió el hábito e hizo profesión en manos de Santo Domingo en 1219 ó 1220. Le hicieron prior de San Nicolás de Bolonia en el capítulo general de 1221. Testifica el 6 de agosto de 1233, y entonces era todavía prior de Bolonia; fue también prior provincial de Lombardía, aunque se ignora en qué años. Desconocemos también la fecha de su muerte. Cf. ALCE, *Documenti...*, 6-45.

fesión y de él recibió el hábito. Fray Domingo tenía entonces, después del Papa, plena potestad para dispensar, legislar y corregir en toda la Orden de Frailes Predicadores. El testigo estuvo presente en el primer capítulo general de la Orden, que se celebró en aquel mismo año en Bolonia. Pareció bien a fray Domingo que se constituyeran definidores en el capítulo, con plena potestad sobre la Orden, sobre el mismo maestro, y también sobre los definidores, para definir, establecer, ordenar y castigar, a salvo siempre la reverencia debida al maestro. Vivió con fray Domingo en la ciudad de Bolonia, y viajó con él fuera de la ciudad por la provincia de Lombardía; le unió una gran familiaridad con fray Domingo en las salidas y retornos, en los descansos durante el viaje, en el comer y beber, en el tiempo del descanso y en la oración.

2. Dijo también que yendo de camino, a casi todos los que le acompañaban les quería exponer, por sí o por medio de otros, la Palabra de Dios; sabe esto porque fue con frecuencia testigo de lo predicho. Mientras viajaba, quería siempre disertar o hablar de Dios, o enseñar, leer u orar. En sus viajes casi todos los días celebraba la Misa, si encontraba iglesia. Cuando cantaba la Misa derramaba muchas lágrimas, como pudo comprobar el mismo testigo. En llegando al lugar de hospedaje, si había allí iglesia, iba siempre a orar. Casi siempre que se encontraba fuera del convento, al punto de oír el primer toque de maitines en los monasterios, se levantaba y despertaba a los frailes, y celebraba con mucha devoción el oficio diurno y nocturno, sin dejar nada; tras las completas guardaba silencio y procuraba que lo observaran sus compañeros de viaje, como si se encontraran en el convento. Caminando por la mañana, guardaba silencio y lo hacía guardar a sus frailes casi todos los días, hasta la hora de tercia. Mientras iba de camino se acostaba sobre paja, vestido y calzado, tal como andaba durante el día; cree, sin embargo, que se quitaba los zapatos.

3. Añadió que en los viajes observaba ayuno continuo, desde la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz hasta Pascua de Resurrección, además de los ayunos prescritos por la Iglesia en tiempo de verano y todos los viernes. Comía cuanto le ofrecían de comer por el camino, sin mostrar desagrado; no comía, sin embargo, carne, ni alimentos condimentados con carne o grasa, si lo advertía. Cuando en los viajes era deficiente la comida o bebida, lejos de quejarse, exteriorizaba su alegría. El testigo lo sabe porque advertía todo esto cuando le

acompañaba. Estando de camino, cuando llegaba a un lugar donde tenían convento los frailes, no iba a descansar, como hacen algunos, sino que, convocándoles, les hacía una exhortación y les exponía la Palabra de Dios, proporcionándoles un gran consuelo.

4. Dijo, además, que cuando fray Domingo estaba en un convento donde debía permanecer, se ajustaba a la comunidad en el alimento y la mesa, y observaba la regla de un modo íntegro y plenísimamente, y se esforzaba para que sus frailes la observaran. Todo esto lo sabe porque lo observó, y nunca recuerda que se le viera u oyera hacer o decir lo contrario; ni oyó u observó nunca que dijera una palabra ociosa o injuriosa, o que desacreditara a nadie. Aseguró también que fray Domingo era sabio, discreto, paciente, benigno, muy misericordioso, muy familiar, sobrio, justo, hasta el punto de creer que no había conocido en toda su vida a hombre alguno que, consideradas todas las condiciones, poseyera en más alto grado todas las virtudes, aunque vió y conoció a buenos religiosos en diversas partes del mundo. Añadió que durante la enfermedad de la que voló al Señor, le escuchó la confesión general de todos sus actos, estando presentes y escuchándola muchos sacerdotes, y cree que nunca pecó mortalmente. Alberga igualmente la convicción de que fue siempre virgen; y esto lo cree por la mencionada confesión general que le oyó. Después dijo a este mismo fraile en secreto: «Hermano, he pecado por hablar públicamente ante los frailes de mi virginidad, lo cual no debía haber dicho».

5. Dijo también que cuando estaba de viaje visitaba las casas religiosas de cualquier Orden que fuesen, y les predicaba y exhortaba al bien; esto lo vio hacer con muchísima frecuencia. Agregó que, si algún fraile de su Orden o de otra, se encontraba tentado o turbado y le consultaba sobre el particular, les exhortaba muy bien, de tal modo que casi todos se separaban de él muy consolados; y esto lo vio muy frecuentemente en el recorrido que hicieron por la provincia de Lombardía, a saber, en Milán, la Colomba y en otros muchos lugares. Dijo también que casi todos los días, a no ser que se lo impidiera una gran necesidad, tenía una predicación y exhortación a los frailes, llorando mucho y haciendo llorar a los demás. Añadió que era celador de la regla y castigaba con rigor las faltas de los frailes; pero cuando imponía las penitencias lo hacía con tanta dulzura y benignidad, que las sobrellevaban con paciencia. Atestiguó que era asiduo en el oficio di-

vino, siguiendo su recitación coral. Dijo que desconocía que tuviera alguna vez lugar propio para descansar, a no ser durante la enfermedad; ni era fácil que lo tuviera, sin que él hubiera llegado a saberlo. Pasaba la mayor parte de la noche en oración, y pernoctaba muy frecuentemente en la iglesia; lloraba mucho en la oración. Interrogado cómo lo sabía, respondió que con mucha frecuencia le encontró orando en la iglesia y llorando, y algunas veces durmiendo, cuando el sueño le vencía; por las muchas vigiliias precedentes, con mucha frecuencia dormitaba en la mesa.

6. Dijo también que hacia finales del mes de julio, según cree, regresó fray Domingo de la curia del señor Hugolino, entonces obispo de Ostia y legado de la Sede Apostólica, y ahora Sumo Pontífice, que estaba en Venecia, como cree con plena certeza; volvió muy cansado, pero a pesar del cansancio, conversó con el testigo, que entonces era nuevo prior, y con fray Rodolfo, durante gran parte de la noche acerca de la situación de la Orden; como el testigo quisiera irse a dormir, rogó a fray Domingo que fuera a descansar, y que no se levantara por la noche a maitines; pero él no accedió a sus ruegos y entró en la iglesia, pasando la noche en oración. Asistió a maitines, como oyó decir a los frailes y al mismo fray Domingo; después de maitines le dijo que le dolía la cabeza, y desde entonces comenzó a debilitarse a ojos vista, a causa de la enfermedad de la que voló al Señor. Postrado por la enfermedad, no quiso acostarse en el lecho, sino sobre un jergón. Hacía llamar a su presencia a los novicios y los consolaba y exhortaba al bien, con dulcísimas palabras y alegre semblante. Soportaba aquella y otras dolencias con tanta paciencia, que ni se quejaba ni gemía, aún más, se le veía siempre alegre y contento.

7. Añadió que, agravada la enfermedad, le hicieron llevar a Santa María del Monte, que era un lugar más sano, y como creyera morirse, llamó a este prior y a los frailes; acudieron allí cerca de veinte frailes con el prior, y próximos a él, comenzó a predicarles; acostado como estaba, les dirigió un sermón muy bueno que movía a compunción; el testigo no le había oído nunca un sermón tan edificante; cree que fue entonces cuando le administraron la santa Unción. Escuchó de algunos, que el monje rector de aquella iglesia había dicho que si moría allí, no permitiría que le trasladaran a otra parte, sino que lo haría sepultar en su iglesia. Referido lo cual por el prior a fray Domingo, respondió: «Lejos de mí que sea

sepultado en otro lugar que bajo los pies de mis frailes; llevadme fuera para que muera en aquella viña, y así podáis sepultarme en nuestra iglesia». Entonces, tomándolo consigo, lo llevaron de nuevo a Bolonia, a la iglesia de San Nicolás, temerosos de que muriera por el camino. Llegados allí, permaneció en estado estacionario alrededor de una hora; hizo llamar después al prior, y le dijo: «Preparaos». Preparados el prior y los demás frailes para la recomendación solemne del alma, y llegados ante él, el mismo fray Domingo les dijo: «Esperad todavía». Así lo hicieron, diciéndole el prior: «Padre, sabes que nos dejas desolados y tristes, tennos presentes para que ruegues por nosotros al Señor». Fray Domingo, elevando los ojos y las manos al cielo, dijo: «Padre Santo, con gran placer he perseverado en el cumplimiento de tu voluntad, y he guardado y conservado a los que me diste; yo te los recomiendo, consévalos y custódialos». Dijo que había oído a los frailes decir que, cuando le rogaban por sí mismos, les respondió: «Os seré más útil y provechoso después de la muerte, de lo que lo haya sido en vida». Tras un breve espacio de tiempo, dijo fray Domingo al prior y a los frailes: «Comenzad». Y comenzaron a hacer solemnemente el oficio de la recomendación del alma. Se muestra convencido de que fray Domingo recitaba el oficio con ellos, porque movía los labios. Murió durante la recitación del oficio, y cree firmemente que entregó su espíritu mientras decían las palabras: «Venid, santos de Dios; corred, ángeles del Señor, recibid su alma para presentarla ante la morada del Altísimo». El testigo cree que aconteció por la benignidad y providencia de Dios, que estuvieran presentes en su entierro el señor Hugolino, obispo de Ostia y ahora Papa, y el señor patriarca de Aquileya, y muchos venerables obispos y abades. El señor obispo de Ostia, ahora Papa, celebró la Misa, encomendó su alma, e hizo el oficio de exequias. En la pasada fiesta de San Sixto hizo doce años que emigró al Señor.

8. Dijo también, que en el mismo año en que murió, en el invierno siguiente, se sentía un fuerte olor en la iglesia vieja en que fue sepultado. Se percibía por toda la iglesia, pero especialmente cerca de la sepultura; el mismo testigo aspiró tal olor, e igualmente muchos frailes que viven todavía, como se lo oyó decir a ellos mismos; duró muchos días, pero ignoraban qué clase de olor fuera, creyendo firmemente que salía de la sepultura. Oyó y cree firmemente que Dios obró muchos milagros por intercesión de fray Domingo, en su muerte y

después de ella, en el mismo año en que tuvo lugar y en los siguientes. Cree y afirma esto, porque venían muchos hombres y mujeres a su sepultura con velas, imágenes y exvotos, asegurando que Dios había obrado milagros, en su favor o en el de sus familiares, por los méritos del bienaventurado Domingo. Algunos quisieron cerrar la sepultura y cubrirla con paños de seda, pero los frailes lo prohibieron, temerosos de que se perturbara el orden por la multitud de gente, y no fuera que dieran pie para que se dijera, que lo hacían o permitían por codicia de dinero, o por arrogancia.

9. Dijo también, que cuando se debía trasladar el cuerpo de fray Domingo, de donde estaba enterrado, al lugar donde se encuentra ahora, por mandato del podestá de Bolonia, un grupo numeroso de nobles ciudadanos custodiaron el arca durante muchos días, por temor a que se lo robaran. Congregados por la noche los frailes para abrir el arca, presente el podestá y muchos ciudadanos de Bolonia y otras nobles y religiosas personas, clérigos y laicos, encontraron el sepulcro bien cerrado y el cemento duro y muy fuerte, de tal modo que con trabajo pudieron levantar la lápida superior. Elevada la losa, salió de allí un admirable y suavísimo olor, desconocido para todos los presentes, y de tal índole, que parecía superar a todos los aromas; no parecía que fuera el olor de ninguna cosa humana. Una vez quitada la lápida encontraron la caja de madera bien cerrada y asegurada con clavos de hierro, y en ella reposaba el cuerpo de fray Domingo; abierta la cual, sintieron al momento una mayor fragancia de olor. Los huesos que estaban en la antigua caja fueron colocados en una nueva, bien asegurada con llave, que siempre tenía y tiene el podestá. Dicha caja fue abierta a la aurora, cuando llegó el arzobispo y muchos obispos, y volvió a despedir el mismo olor. Conteniendo en ella los huesos, fue depositada por el arzobispo y los demás obispos en un sepulcro nuevo. Cerrado ya, se volvió a abrir a los ocho días, presentes el podestá de Bolonia y muchos otros ciudadanos, el maestro Jordán, el prior de la Provincia, y un gran número de priores y frailes de la Orden de Predicadores. Fue entonces cuando el maestro Jordán, teniendo en sus manos el cráneo de fray Domingo le dio a besar a más de trescientos frailes de la Orden de Predicadores, percibiendo el mismo inenarrable olor. Este admirable e indescriptible olor permaneció en las manos del maestro Jordán, de este testigo, y de todos aquellos que tocaron los huesos.

Interrogado cómo sabe todo lo predicho, respondió: porque estuvo presente en los actos mencionados, observó y sintió el olor, no sólo procedente de los huesos, vestidos, caja y polvo, sino también en sus manos y en las de los frailes que tocaron las cosas enumeradas, o al menos algunas de ellas. Dijo también que muchas veces hasta el presente ha sentido este olor desconocido.

Dijo también que era tan grande su celo por la salvación de las almas, que hacía llegar su caridad y compasión, no sólo a los frailes, sino también a los gentiles e infieles y a los condenados en el infierno, llorando mucho por ellos. En lo que a él se refería, sentía con urgencia el deber de la predicación, y, respecto a los demás, procuraba enviarlos a predicar, de tal modo que él deseaba ir a tierras de paganos. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque lo escuchó de él y de los demás frailes, y con frecuencia participó en tales conversaciones con él, y asistió a conferencias en que trató de este tema.

Testigo II

1. *Fray Guillermo de Monferrato*², presbítero de la Orden de Predicadores. Prestado juramento, dijo que hacía dieciséis años, o cerca, que había ido a Roma para celebrar la cuaresma, y el Papa actual, que entonces era obispo de Ostia, le recibió en su casa. En aquellos días fray Domingo, fundador y primer maestro de la Orden de Predicadores, iba con frecuencia a la casa del señor obispo de Ostia; entonces le conoció y le agradó el trato de dicho fraile, y comenzó a amarlo, tratando muchas veces con él cuestiones relativas a la salvación de ambos y de todos los hombres.

Parecía a este testigo que fray Domingo era el hombre más religioso de cuantos hubiera conocido jamás, aun cuando

² Fray Guillermo de Monferrato conoció a Santo Domingo en Roma, en casa del cardenal Hugolino; fue en el año 1217. Prometió entrar en la nueva Orden tras estudiar dos años de teología en París. En el convento de Santiago de esta última ciudad le dio el hábito Santo Domingo en 1219. Le acompañó inmediatamente en el viaje de París a Bolonia (de abril a agosto de 1219); continuó siendo su compañero de viaje hacia Roma y Viterbo, donde fray Guillermo se quedó en la Curia Pontificia. A Viterbo llegaron en noviembre de 1219. En 1233 participó en el capítulo general de Bolonia. En 1235 le envió Gregorio IX a misionar entre los sarracenos. Debió morir en Oriente, después del 1237. Cf. QE, *Scriptores...*, t.I, p.47, n.A y p.48, n.C.

había tratado con muchas personas religiosas. Creía también que superaba a todas las personas que conocía en cuanto a celo por la salvación de las almas. Aquel mismo año el testigo fue a París a estudiar teología, porque había prometido y acordado con fray Domingo, que después de que estudiara dos años teología, y una vez que él reglamentara la vida de sus frailes, ambos irían a convertir a los paganos que habitaban en Prusia³, y en otras regiones septentrionales. Estando ya en París consagrado al estudio, llegó fray Domingo procedente de España; entonces recibió el testigo el hábito de los Frailes Predicadores, entró en la Orden, y trató con él durante mucho tiempo en diferentes lugares, yendo a la Curia Romana y en otras partes, en salidas, hospedajes, regresos, comiendo, bebiendo, descansando, orando, en salud y en enfermedad. Durante todo el tiempo en que convivió con él, advirtió que observaba estrictamente la regla y ordenaciones de los Frailes Predicadores; aunque dispensaba de buen grado a sus frailes, no usaba, sin embargo, la dispensa para consigo mismo. Tanto en la enfermedad, como estando sano, observaba todos los ayunos prescritos por la regla. Acompañándole en un viaje a Roma advirtió que padecía una grave enfermedad, a saber, una disentería, y ni por esto quebrantó el ayuno; no probó la carne, ni otra comida especial, sino algo hecho con frutas o legumbres. Sabe todo lo anterior porque le acompañaba siempre durante la comida; en las enfermedades de las que fue testigo se comportaba siempre así. Interrogado acerca de dónde le trató otras veces estando enfermo, respondió: en Viterbo, pero no recordaba qué enfermedad padecía.

2. Dijo también que durante todo el tiempo que estuvo con él, aun cuando frecuentemente comían y bebían mal, o eran mal recibidos y no tenían lugares adecuados para dormir, no le oyó quejarse nunca por todo ello, tanto estando sano, como enfermo. Añadió que antes de acostarse dedicaba siempre largo espacio a la oración, muchas veces con gemidos y lágrimas, de modo que no era infrecuente que despertara a este testigo, y a otros, con sus gemidos y llanto. Cree firmemente que dedicaba más tiempo a la oración que al descanso. Siempre se acostaba vestido, con la capa, el cinturón y calzadas las botas; nunca sobre colchón, sino sobre la tierra, o

³ QE, *Scriptores...*, t.I, p.47 ofrece la abreviatura *Pcias.*, y entre paréntesis se pregunta si será *Percia*, en lugar de *Persia*, o *Grecia*. VICAIRE, *Saint Dominique de Caleruega...*, p.213, se inclina por *Prusia*.

sobre una tabla, paja o cualquier bálago. Observaba siempre el silencio en los tiempos acostumbrados y preceptuados por la regla; se abstenía de palabras ociosas, y hablaba siempre de Dios o con Dios. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque, como principal compañero, le trataba de día y de noche, de viaje y en casa, y veía y observaba lo antedicho, como lo ha referido.

3. Dijo también y cree con certeza que fray Domingo conservó siempre su virginidad; y esto lo cree por el buen comportamiento que le observó, y porque lo oyó a muchas personas religiosas y a otros dignos de fe, que convivieron con él por largo tiempo. Interrogado sobre a quién se lo oyó, respondió: al obispo de Osma, del que fue canónigo fray Domingo y a compañeros suyos de cabildo, y a otros de cuyo nombre no se acuerda.

4. Dijo también que estuvo presente en la traslación de fray Domingo, cuando su cuerpo fue transportado desde la primera sepultura en la iglesia, hasta el lugar que hoy ocupa. Y dijo que el prior provincial y los frailes de la iglesia de San Nicolás, temían que se extendiera el mal olor por el templo en que yacía el cuerpo, y esto porque el lugar se encontraba bastante hondo, y las aguas de la lluvia llegaban en abundancia hasta la sepultura; por lo mismo no querían que los laicos y extraños estuvieran presentes cuando se abriera el sepulcro. Pero no pudieron llevarlo a cabo, sin que el podestá y veinticuatro nobles y honrados ciudadanos de Bolonia asistieran a la apertura, y sin que algunos de ellos la custodiaran durante muchas noches, antes de que se abriera. Levantada la losa que la cubría, apareció la caja en la que yacía el cuerpo de fray Domingo; entonces salió de la tumba un olor suave y delectable, sin que se pudiera nunca averiguar exactamente a qué especie aromática pertenecía. El mismo y todos los demás lo experimentaron. Se inclinó, besó la caja y lo sintió con mayor intensidad. Otro tanto hicieron los frailes y seglares que se encontraban presentes, y experimentaron lo mismo, derramando abundantes lágrimas de alegría y devoción. Finalmente se trasladó el cuerpo al lugar en que reposa al presente.

5. El testigo dijo también que conoció después a diversas personas, que decían padecer enfermedades graves y diferentes, y se vieron libres de ellas por los méritos de fray Domingo, pero que no recordaba quiénes eran, es decir, sus nombres, porque no los conocía con anterioridad, ya que era

uno de los definidores [del capítulo general], y no les podía prestar atención.

Testigo III

1. *Fray Amizo de Milán*⁴, prior del convento de Padua y sacerdote. Hecho juramento, dijo, que el maestro Domingo fue un hombre humilde, manso, paciente, benigno, sereno de espíritu, pacífico, sobrio, modesto, y muy ponderado en todas sus acciones y palabras; era piadoso, consolador de los demás y especialmente de sus frailes; aventajaba a todos en el celo por la observancia regular; amante en grado sumo de la pobreza, tanto en la comida y el vestido de los frailes de su Orden, como en sus edificios e iglesias, así como en todo lo referente al culto y ornato de las vestiduras eclesiásticas. Puso mucho empeño durante su vida para que los frailes no usaran en sus iglesias ornamentos de púrpura o de seda, tanto en las vestiduras sagradas, como sobre los altares, ni tuvieran tampoco vasos de oro o plata, a excepción de los cálices.

2. Dijo también que fue asiduo en la oración, tanto de día, cuando estaba libre, como de noche; pernoctaba frecuentemente en oración, de tal modo que muy poco o nada descansaba en el lecho. Dijo también que guardaba íntegramente la regla, y no era fácil en dispensarse de nada, sino que seguía fielmente a su comunidad en el coro, refectorio y demás. También dijo que predicaba con mucha frecuencia; era muy celoso de las almas e invitaba con todo esmero a sus frailes a hacer lo mismo. Dijo también que estimaba mucho y ponderaba a las diferentes familias religiosas y a los religiosos. Interrogado cómo sabía esto, respondió: porque convivió con él algún tiempo, vio y se dio cuenta de muchas cosas de las predichas, oyó también muchas otras, y cree firmemente que fue así.

3. Dijo también que oyó decir, y así lo cree, que hasta el final de su vida se conservó virgen; esto era voz común entre los frailes. Dijo también que una noche, después de la re-

⁴ Fray Amizo de Milán o de Solaro, cuando hace esta testificación el 8 de agosto de 1233, era prior del convento de Padua. Entró en la Orden en Milán cuando pasó por allí Santo Domingo en 1219; le acompañó entonces hasta Bolonia. Antes de incorporarse al grupo de Santo Domingo fue notario palatino en Pavía. Cf. KOUDELKA, *Notes sur le cartulaire...*, p.119, n.63; QE, *Scriptores...*, t.I, p.48, n.A.

ciente traslación de fray Domingo, presentes el podestá de Bolonia con muchos soldados, el maestro de la Orden, el prior provincial, y muchos otros frailes y priores llegados con este motivo, se abrió el arca y caja; se mostraron los huesos a los frailes, entre los que se encontraba el testigo y sintió al besar, contemplar y oler los restos una fragancia tan intensa y suave, como no recuerda haberla experimentado jamás.

Testigo IV

1. *Fray Bonviso de Piacenza*⁵, sacerdote de la Orden de Predicadores. Una vez prestado su juramento, dijo: que hace más de catorce años que entró en la Orden de Frailes Predicadores, y trató con fray Domingo unos cuatro meses en el convento de San Nicolás de Bolonia, en Roma, de viaje hacia Roma y Milán. Le atendió durante su enfermedad. El testigo dijo que fray Domingo tenía la siguiente costumbre: cuando los frailes salían de la iglesia después de completas para ir a dormir, él se ocultaba en el templo para orar. El mismo testigo, queriéndose enterar de lo que hacía en la iglesia fray Domingo, se escondió allí con frecuencia, y le oía orar al Señor con gran clamor, lágrimas y gemidos. Interrogado cómo sabe que era fray Domingo, respondió: porque le veía, ya que en la iglesia había una luz, y le conocía igualmente por la voz, de tal modo que está bien cierto de que era fray Domingo. Dijo también y cree firmemente, que con frecuencia pasaba las noches en oración; esto era voz común entre los frailes. Deseando saber dónde dormía, no pudo hallar que tuviera lugar propio para dormir, como tenía el resto de los frailes. A veces se le encontraba durmiendo en un banco, o en el suelo; otras veces apoyado en las cuerdas de una silla o de algún catre. Dijo también que por la noche se acostaba vestido, como andaba por el día. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque lo vio, y era opinión común entre los frailes.

2. Dijo también que viajando con fray Domingo a Roma,

⁵ Entró en la Orden en Bolonia, cuando estaba al frente de los frailes en aquella ciudad el Beato Reginaldo. Acompañó a Santo Domingo en un viaje a Roma, y después del capítulo general de 1220 fue también compañero suyo, en una campaña de predicación por Lombardía. Asistió a Santo Domingo cuando cayó enfermo de fiebres en Milán. QE, *Scriptores...*, t.I, p.49, n.A; ODETTO, *La cronaca...*, p.324.

cuando salían de alguna ciudad, villa o castillo, se descalzaba y caminaba descalzo, llevando él mismo sobre los hombros los zapatos, y no quería dárselos al testigo, que estaba dispuesto a llevarlos, y así hasta que se acercaban a alguna ciudad, villa o castillo, en que se calzaba, para volverse a descalzar cuando salían, y con los pies desnudos caminaba hasta el término del viaje. Llegados a un cierto lugar donde había piedras muy agudas, dijo al testigo: «¡Miserable de mí!, aquí me vi obligado una vez a calzarme». El testigo preguntó por qué, y fray Domingo respondió: «Porque llovía en aquella circunstancia». Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque estuvo presente y lo vio. El testigo dijo también que en aquel viaje en que acompañaba a fray Domingo, les sorprendieron abundantes inundaciones y lluvias, de tal modo que los arroyos y ríos crecieron mucho; entonces fray Domingo, que se gozaba en las tribulaciones, alababa y bendecía al Señor, cantando en alta voz el himno "Ave, maris stella", *Salve, estrella del mar*. Terminado este himno, comenzaba otro, a saber, "Veni creator Spiritus", *Ven Espíritu creador*. Cantaba con voz potente hasta el final. Dijo también que cuando encontraban gran cantidad de agua, en crecida por las inundaciones y lluvias, fray Domingo hacía la señal de la cruz sobre ellas, y decía al testigo, que tenía mucho miedo del agua, que entrara en ella en el nombre del Señor. Confiando en la señal de la cruz trazada por él, y seguro en la obediencia, entraba sin temor en el agua que parecía peligrosa; su confianza no quedaba defraudada. Dijo también que cuando le ayudaba en la celebración de la Misa, se fijaba en su rostro, y veía correrle las lágrimas por la cara, en tal abundancia, que una gota no daba espera a la otra; vio que le sucedía también esto en la recitación de los salmos.

3. Dijo también que cuando debían hospedarse o comer en alguna parte, no se hacía su voluntad, sino el querer de los frailes que le acompañaban; si se atendía mal a sus necesidades, daba mayores muestras de alegría que si se cuidaran todos los detalles. Interrogado cómo sabe estas cosas, respondió: porque las vio y estuvo presente. Dijo también que estando en Milán, atendió a fray Domingo que se hallaba enfermo; en los accesos de fiebre no se quejaba de la enfermedad, sino que le parecía al testigo que estaba en oración y contemplación. Se adivinaba esto por ciertos signos que aparecían en su rostro; tales signos se veían en tiempo de salud, cuando estaba en oración y contemplación, como el testigo

bien sabía. Dijo también que cuando le remitió la fiebre, hablaba de Dios con los frailes, leía un libro o hacía que se lo leyeran; alababa a Dios y se alegraba de la enfermedad, siguiendo la costumbre de gozarse siempre más en las tribulaciones, que en la prosperidad. Dijo también que siendo el testigo procurador del convento de Bolonia, y teniendo a su cargo el cuidado de los frailes en el refectorio, un día de ayuno les faltó el pan. Fray Domingo hizo señas para que se diera pan a los frailes, pero el testigo le dijo que no lo había. Entonces él, con semblante alegre, elevó sus manos, alabó al Señor y lo bendijo, y al momento, inesperadamente, entraron dos personas que portaban dos canastas, una de pan y otra de higos secos, de tal modo que tuvieron los frailes en abundancia. Dijo saber esto, porque estuvo presente. Dijo también que fue muy humilde, benigno, piadoso y misericordioso; paciente, sobrio, celoso de la pobreza y de la salvación de las almas; amante de los religiosos y de todas las Ordenes religiosas. Dijo también que cumplía con rigor la regla; no devolvía mal por mal, ni maldición por maldición, sino que bendecía a quien le maldecía. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque trató con él en las salidas de viaje y en el regreso a casa, en los lugares de hospedaje, en salud y enfermedad, comiendo y reposando.

4. Dijo también que después del traslado del cuerpo del bienaventurado Domingo, del primitivo lugar en que reposaba, al lugar en que está ahora, el maestro de la Orden mostró los huesos de fray Domingo, maestro de la Orden, a los que no estuvieron presentes en la traslación, porque estaban muy deseosos de verlos. El testigo estuvo presente cuando fueron mostrados, con asistencia del podestá de Bolonia y de otros ciudadanos, el prior provincial y todos los frailes. Y sintió que salía de los huesos un olor admirable y suavísimo, pero ignora a qué especie aromática perteneciera; parecía más bien que las excedía a todas, y no cree que tal y tan intenso perfume pudiera haber allí, a no ser porque fue enviado milagrosamente por Dios desde el cielo. No sólo sintió este olor el testigo, sino muchos otros, como se lo comunicaron entre sí, colocándose en los lugares más distantes [de la iglesia].

5. El testigo dijo también, que cuando era novicio y no tenía pericia alguna en la predicación, ya que no había estudiado todavía teología, fray Domingo le mandó ir a predicar desde Bolonia, donde residía, a Piacenza. Como él se excusara por su impericia, le convenció con dulcísimas palabras

de que tenía que ir, y le dijo: «Vete sin temor, porque el Señor estará contigo y pondrá en tu boca las palabras que has de predicar». Obedeció y fue a Piacenza a predicar, y otorgó el Señor tanto favor a su predicación, que por ella entraron a la Orden de Predicadores tres frailes.

Testigo V

1. *Fray Juan de España*⁶, sacerdote de la Orden de Predicadores. Una vez prestado juramento, dijo: que el año en que fue confirmada la Orden de Predicadores en el concilio del Papa Inocencio III, el testigo ingresó en ella; y, según cree, hará dieciocho años en la próxima fiesta de San Agustín, que recibió el hábito de manos de fray Domingo, fundador de la misma Orden y primer maestro; el mismo día hizo también la profesión en sus manos, en la iglesia de San Román de Toulouse. Desde entonces trató con fray Domingo, vivió con él en comunidad, y le acompañó en los viajes por diferentes lugares y regiones, tanto de día como de noche. Dijo que fray Domingo era asiduo en la oración, de día y de noche. Dijo también que oraba más que los demás frailes con quienes convivía, e igualmente se entregaba más a las vigiliass, y castigaba su cuerpo con mayores y más frecuentes disciplinas. Y esto lo sabe, porque se lo vio hacer muchas veces. Dijo también que había oído a algunos frailes, que el maestro Domingo se hacía disciplinar y se disciplinaba con una cadena de hierro, que tenía tres ramificaciones; esto era voz pública entre los frailes; dijo que se lo había oído narrar a los frailes que le disciplinaron. Dijo también que castigaba a los frailes que quebrantaban la regla. Se compadecía, sin embargo, de los infractores, y le causaba hondo dolor el tener que castigar a alguien por haber caído en culpa.

⁶ Fray Juan de España o de Navarra, nació en Saint Jean Pied de Port (Basses-Pyrénées); se unió a los compañeros de Santo Domingo en 1215. En la dispersión de los frailes, 15 de agosto de 1217, fue enviado a París. Como refiere Esteban de Salagnac, Juan de España pidió dinero para el viaje, recibiendo una negativa de Santo Domingo; les exhortó, por el contrario, a poner la confianza en la providencia divina, y a no llevar para el camino ni oro ni plata, a ejemplo de los Apóstoles. Ante la insistencia de Juan de España en su petición, Santo Domingo se arrojó a sus pies llorando, y mandó darle tan sólo doce denarios para el viaje hasta París. Juan de España se hallaba pocos meses después en Roma, y de allí lo envió Santo Domingo a Bolonia, a principios de 1218. Después fue de nuevo a París para completar estudios. Cf. ESTEBAN DE SALAGNAC, *De quatuor...*, ed. Kaeppli, MOPH, t.22, p.155.

2. Dijo también que era compasivo con el prójimo y deseaba muy ardientemente su salvación; predicaba con mucha frecuencia y, por todos los medios que podía, animaba a los frailes y los enviaba a predicar, rogando y amonestando para que fueran solícitos de la salvación de las almas. Con gran confianza en Dios, enviaba también a los sencillos a predicar, diciéndoles: «Id tranquilamente, porque el Señor os comunicará las palabras que hayáis de predicar; El estará con vosotros y no os faltará nada». Marchaban, y les sucedía como les había dicho. Dijo también que estando con fray Domingo en Toulouse, en el convento de la mencionada iglesia [de San Román], contra la voluntad del conde de Montfort, del arzobispo de Narbona, del obispo de Toulouse y de otros preladados, envió a este testigo, aunque iba de mala gana, a París, con algunos frailes clérigos y un cooperador, para que estudiaran, predicaran y fundaran allí un convento; debían disipar en ellos todo temor, porque todo les iría bien. A los preladados mencionados, al conde y a los frailes, les decía: «No os opongáis, sé bien lo que hago». Envío también a otros hacia España, y les decía y mandaba cosas parecidas. Cuando el testigo y sus compañeros estudiaban en París, el maestro Juan, deán de San Quintín, entonces regente de Teología en París, y la Universidad de maestros y alumnos les dieron la iglesia de Santiago, situada en la puerta de Orleáns, donde se asentaron y construyeron convento; recibieron a muchos clérigos que entraron en la Orden de Frailes Predicadores. Les dieron por entonces muchas posesiones y réditos; todo les fue bien, como les había predicho fray Domingo. Por aquel tiempo donaron a la Orden de Predicadores derechos feudales y muchas posesiones en la región de Toulouse y Albí. Dijo también, que teniendo la Orden de Predicadores derechos feudales y muchas posesiones en las regiones antedichas, y los frailes llevaran dinero en los viajes, fueran a caballo, y usaran sobrepellices, fray Domingo trabajó e hizo que los frailes de su Orden abandonaran y despreciaran todas las cosas temporales y se mantuvieran en la pobreza, no viajaran a caballo, vivieran de limosna y no llevaran nada consigo para el camino. Así, las posesiones de Francia se las dieron a las monjas de la Orden del Císter, y lo demás a otras personas.

Para que los frailes centraran con mayor ahínco su atención en el estudio y la predicación, quiso fray Domingo que los cooperadores iletrados de su Orden, estuvieran al frente de los frailes letrados, en la administración y gobierno de las

cosas temporales. Pero los frailes clérigos no quisieron que los cooperadores les presidieran, para que no les sucediera como a los frailes de la Orden de Grandmont con sus frailes cooperadores. Interrogado cómo sabe todo esto, contestó: porque trató por largo tiempo con fray Domingo, y fue testigo de cuanto afirmaba, a excepción de lo que dijo de la disciplina consistente en una cadena de hierro. Lo demás lo sabe porque lo vio y estuvo presente, o porque le sucedió a él personalmente o a sus compañeros.

3. Dijo también, que se mostraba amable con todos, ricos y pobres, judíos y gentiles, de los que hay muchos en España; advirtió que era amado por todos, a excepción de los herejes y de los enemigos de la Iglesia, a los que atacaba y refutaba sus errores en sus disputas y predicación; sin embargo, les exhortaba y advertía caritativamente, para que se arrepintieran y volvieran a la fe, tal como el testigo oyó y vio. Dijo también, que tal como iba vestido durante el día se acostaba por la noche, a no ser que se quitaba los zapatos; dijo que esto lo vio muy frecuentemente. Dijo también que cuando fray Domingo iba de una población a otra, se descalzaba, y caminaba descalzo hasta el lugar adonde se dirigía; entonces se calzaba, pero se volvía a descalzar a la salida; llevaba él mismo los zapatos, y no quería que le ayudaran otros a llevarlos. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque lo oyó, y vio con frecuencia estas cosas. Cuando tropezaba con el pie en las piedras se le alegraba el semblante, y sin turbarse, decía: «Esto es penitencia»; como hombre que se gozaba siempre en las tribulaciones. Dijo también que fue muy amante de la pobreza, y amonestaba con diligencia a los frailes para que se la procuraran. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque se gloriaba de tener vestidos pobres, y abandonó todas las cosas temporales; estando él presente, exhortaba con mucha frecuencia a los frailes para que fueran pobres.

4. Dijo también que fue parco en la comida y bebida, y especialmente en los manjares de tal modo que, aun cuando dispensaba a los demás, no quería dispensarse a sí mismo, sino que observaba con rigor toda la regla. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque vio todo esto. Dijo también, que cuando caminaba por ciudades y villas, apenas elevaba los ojos del suelo. Esto lo sabe, porque viajó con él por ciudades y pueblos, y lo observó. Dijo también que no tenía lecho propio para dormir, como lo tenían los demás frailes. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque si lo hubiera tenido, lo

hubiera sabido él sin lugar a dudas, máxime cuando lo averiguó con empeño. Dijo también que por dos o tres veces fue elegido obispo, y renunció siempre, prefiriendo vivir con sus frailes en pobreza, a tener un episcopado. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque esto, no sólo era voz común en aquel tiempo entre los frailes, sino entre todos los demás, laicos y clérigos. Preguntado para qué obispados fue elegido, respondió: para los de Béziers y Comminges. Interrogado acerca de cuándo se enteró de esto, respondió: antes de entrar en la Orden de Predicadores.

5. Dijo también, que raramente hablaba, a no ser con Dios, es decir, orando, o de Dios; en este mismo sentido aconsejaba a los frailes. Dijo también que le vio siempre alegre en presencia de los hombres, sin embargo, en la oración lloraba frecuentemente; esto lo sabe porque le vio y oyó llorar. Dijo también, que oyó decir durante la vida de fray Domingo y aun después, que permaneció siempre virgen hasta la muerte; esto es sentir común entre los frailes. Dijo también que le había oído en alguna ocasión decir, que deseaba ser flagelado, despedazado a trozos, y morir por la fe de Cristo. Dijo también que fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la Orden, con su palabra y por medio de cartas *para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento*. Esto lo sabe porque se lo escuchó decir, y vio sus cartas. Dijo también que *llevaba siempre consigo el Evangelio de San Mateo y las Cartas de San Pablo*; estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía casi de memoria. Dijo también que había oído a los canónigos [del cabildo de Osma al que perteneció] fray Domingo, y a muchas otras personas fidedignas, que cuando estaba en el mundo y estudiaba en Palencia, irrumpió el hambre en aquella región, de tal manera que los pobres pasaban hambre y muchos morían. Fray Domingo, movido a compasión y caridad, vendió los libros y todo cuanto tenía, y lo dio para alimentar a los pobres. Este ejemplo animó a muchos a desprenderse de múltiples cosas.

Testigo VI

1. *Fray Rodolfo*⁷, originario de Faenza, de la Orden de Predicadores. Hecho juramento, dijo: que era rector y cape-

⁷ Era rector de la iglesia de San Nicolás de las Viñas en la ciudad de Bolonia, cuando los Frailes Predicadores comenzaron a morar en aquella ciu-

llán de la iglesia de San Nicolás de Bolonia, cuando fue donada a los Frailes Predicadores por el obispo de Bolonia, a ruegos del venerable Padre Hugolino, entonces obispo de Ostia y legado de la Sede Apostólica, y ahora Sumo Pontífice. Hace más de catorce años que sucedió esto. En aquel año vino fray Domingo, primer maestro de la Orden de Predicadores y fundador de la misma. Desde el tiempo en que llegó a la ciudad de Bolonia, hasta el final de su vida, permaneció en esta ciudad, a no ser cuando fue a la Curia Romana, o cuando visitó algunas poblaciones de la región de Lombardía y también la ciudad de Venecia. Durante todo el tiempo en que fray Domingo estuvo en la ciudad de Bolonia el testigo convivió con él, en la iglesia, en la recitación del oficio divino, en el dormitorio, refectorio, de día y de noche; porque el testigo era procurador de la casa y de los frailes, y uno de los que habían hecho profesión en la Orden antes de la llegada de fray Domingo a Bolonia; conoció bien su persona y su vida. Dijo también que fray Domingo tenía la costumbre de pernoctar muy frecuentemente en la iglesia; oraba, y en la oración lloraba y gemía mucho. Interrogado cómo sabe lo anterior, respondió: porque con mucha frecuencia le seguía a la iglesia, le veía, permanecía frecuentemente con él por la noche, le veía orar así, y le oía llorar. Con frecuencia le vio orar erguido, de puntillas, con las manos alzadas en actitud de orante. Interrogado cómo le vio, ya que era de noche, respondió: porque había siempre luz en la iglesia, y el mismo testigo se colocaba cerca de él para orar, ya que le era muy familiar. Aseguró con decisión que era muy devoto y asiduo en la oración, en mayor grado que ningún hombre conocido por él.

2. Dijo también que fray Domingo llevaba siempre una cadena de hierro ceñida a la carne sobre la región lumbar; la llevó ceñida así hasta la muerte. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque cuando murió, le encontró ceñido con dicha cadena, la tomó y la retuvo, pero después la entregó al maestro de la Orden, es decir, al maestro Jordán. Dijo tam-

dad. Contemplando el cardenal Hugolino la estrechez en que vivían junto a la iglesia de Santa María della Mascarella, pidió al obispo de Bolonia que les concediera la iglesia de San Nicolás. Así lo hizo el prelado boloñés, Enrique della Frata. Al entregar la iglesia se asoció también a la Orden Rodolfo de Faenza. El hecho tuvo lugar en la Cuaresma de 1219. A los pocos meses fray Rodolfo era procurador del convento. Murió hacia 1250. Se le ha tributado culto inmemorial con el título de Beato. Su testificación se desarrolló ante el tribunal el 11 de agosto de 1233. Cf. QE, *Scriptores...*, t.I, p.51, n.A.

bién que descansaba siempre de noche vestido, como andaba de día, a no ser que se quitaba los zapatos; a veces yacía en tierra, o sobre algún cañizo encima del cual el testigo acostumbraba a extender un paño, y allí se acostaba; con mucha frecuencia dormía sentado. Dijo también que con mucha frecuencia se dormía en la mesa, a causa de las muchas vigi-lias y noches que pasaba en oración. Dijo también que era asiduo en la asistencia al oficio divino, y seguía siempre la vida conventual, tanto en el oficio divino como en la mesa, y tomaba los mismos alimentos que la comunidad. Y cuando el testigo, que era procurador, daba a los frailes alguna comida especial, fray Domingo le llamaba, y en voz baja le decía: «¿Por qué matas a los frailes, dándoles comidas exquisitas?» Dijo también que cuando faltaba en casa el pan u otro alimento, o el vino, se dirigía a fray Domingo y le decía: «No tenemos pan, o vino». El respondía: «Vete y ora, porque Dios proveerá». El testigo iba a la iglesia a orar, y fray Domingo le seguía con frecuencia. Así Dios quería que tuvieran siempre sustento adecuado. A veces por su mandato, colocaban en la mesa un poco de pan que tenían, y el Señor añadía lo que faltaba. Dijo también que fray Domingo guardaba muy cumplidamente la regla y ordenaciones de los Frailes Predicadores, en cuanto a sí mismo y en cuanto a los demás, en lo referente al vestido, alimento, bebida, ayunos y en todo lo demás. Y esto lo sabe porque convivía con él y observaba con mucha frecuencia lo antedicho.

3. Dijo también con firmeza, que no conoció a ningún hombre que le agradara tanto por su religión y devoción, como fray Domingo. Dijo también que deseaba la salvación de las almas, tanto de los cristianos, como de los sarracenos, y especialmente de los cumanos y otros pueblos. Era más celoso de las almas, que hombre alguno que jamás haya conocido. Decía con frecuencia que deseaba ir a los cumanos y a otros pueblos infieles. Dijo también que era alegre, afable, paciente, misericordioso, benigno y consolador de los frailes. Si veía a algún fraile faltar en algo, pasaba de largo como si no lo advirtiera. Pero después, con rostro plácido y palabras cariñosas, [decía]: «Hermano, has obrado mal, confiésalo». Con dulces palabras inducía a todos a la confesión penitencial. Aunque con humildes palabras, castigaba con severidad los excesos; sin embargo, se iban de él consolados. Dijo también que fray Domingo amaba mucho la pobreza, y exhortaba a los frailes a vivirla. Esto lo sabe, porque cuando fray Do-

mingo vino a Bolonia, el señor Odorico Galliciani quería hacer donación a los frailes de algunas de sus posesiones, que bien valían más de quinientas libras boloñesas, y se había otorgado ya documento ante el señor obispo de Bolonia. Pero fray Domingo hizo rescindir el contrato, y no quiso que tuvieran aquella u otras posesiones, sino que vivieran sólo de limosna, y con sobriedad. Porque si tenían en casa con qué vivir en aquel día, no quería que recibieran nada más, ni enviaran a recolectar limosnas. Y quería que tuvieran casas pequeñas y vestidos baratos; no quería tampoco que en la iglesia hubiera paños de seda, sino que las vestiduras [sagradas] fueran de bucarán, o bocací [es decir, de tela de hilo engomada, más basta que la holandilla], o de alguna otra tela.

Dijo también que no quería que los frailes se entrometieran en asuntos temporales, ni en los relativos a la situación de la casa, ni en consejos temporales, excepto aquellos a quienes les fuera encomendado el cuidado de la casa; quería que los demás estuvieran siempre dedicados al estudio, oración y predicación. Si veía que un fraile era útil para predicar, no quería que se le encargara ningún otro oficio. Dijo también que, en casa o de viaje, quería siempre hablar de Dios o de la salvación de las almas; nunca oyó salir de su boca una palabra ociosa, nociva o de difamación. Dijo que sabía todo lo predicho, porque trataba con él de día y de noche, y le veía y escuchaba hacer o decir lo predicho.

4. Dijo también que era muy solícito, devoto, asiduo en la predicación y en el oír confesiones; lloraba con frecuencia en la predicación, y movía a llorar al auditorio. Dijo también que por el tiempo en que se celebró el primer capítulo de los Frailes Predicadores en Bolonia, fray Domingo dijo a los frailes: «Soy digno de ser depuesto, porque soy inútil y despreciable», y se humilló mucho en todo. Como los frailes no quisieran deponerle, pareció bien a fray Domingo que nombraran definidores que tuvieran potestad, tanto sobre él, como sobre los demás y sobre todo el capítulo, para determinar, definir, y mandar mientras durara el capítulo.

Dijo también que cuando fray Domingo se encontraba enfermo de muerte, los frailes estaban a su vera y lloraban, y el mismo testigo sostenía su cabeza con una toalla, y limpiaba el sudor de su rostro. Fray Domingo dijo: «No lloréis, que yo os seré más útil desde el lugar a donde voy, de lo que lo haya sido aquí». Interrogado acerca de quiénes estaban presentes, respondió: que muchos frailes de cuyos nombres no se re-

cuerda. Dijo también que un fraile le preguntó entonces, diciendo: «Padre, ¿dónde quieres que sea sepultado tu cuerpo?» El respondió: «Bajo los pies de los frailes». Dijo también, que está firmemente convencido de que expiró en el momento en que los frailes que hacían el oficio de la recomendación del alma, decían las palabras: «Venid, santos de Dios, salid al encuentro ángeles del Señor para recibir su alma y presentarla ante la mirada del Altísimo». Dijo que estos dichos y hechos acontecieron en una celda del [convento] de San Nicolás.

Dijo también que nunca le vio acostado en lecho de plumas, ni tampoco sobre colchón, a no ser cuando murió, que sí yacía sobre colchón. Dijo también que cuando fray Domingo llegó al momento de su muerte, dijo a los frailes: «Preparaos». Los frailes se acercaron y se prepararon, y mientras hacían la recomendación del alma entregó su espíritu, con las manos elevadas hacia el cielo.

5. Dijo también que el mismo testigo mandó hacer la sepultura, dio con la piedra que se colocó encima, mandó hacer la caja de madera en la que fue encerrado el cuerpo con llaves de hierro, y él mismo encerró el cuerpo en la caja de madera con llaves de hierro, y lo guardó diligentemente hasta que fue sepultado. No se pusieron en la caja o sepultura especias, o cualquier otra cosa aromática, ni las pudieron colocar sin que él mismo lo hubiera advertido, porque era el procurador de la casa, y todo se hacía en virtud de su mandato. Dijo también que fue uno de los que abrieron la sepultura de fray Domingo, en la que fue sepultado primeramente, cuando fue trasladado el cuerpo al lugar en que se encuentra ahora. El mismo rompió el muro de la sepultura con mazas de hierro, muro que estaba muy fuerte, porque había sido hecho con cemento fuerte y sólido. Levantó la losa superior con una gran palanca de hierro, ya que el sepulcro estaba reforzado con piedras de gran tamaño, y consolidado con cemento. Lo había mandado construir así desde el principio, para que nadie robara el cuerpo. Cuando el testigo levantó la losa con la palanca de hierro y fue abierta la sepultura, un grande, aún más, un grandísimo, suave y deleitable olor, desconocido para sí, salió de la sepultura; no cree que perteneciera semejante olor a ninguna cosa aromática. Sintió tan grande olor como no lo había experimentado nunca, tan intenso, deleitable o semejante, ni en las tiendas de especias, ni en ningún otro lugar. Esto mismo atestiguaban todos los que se encontraban presentes, a saber: obispos, clérigos, podestá de Bolonia, y

muchos honrados ciudadanos que custodiaban el sepulcro; aquel olor permaneció muchos días después en la primitiva sepultura, así como en las cosas que se habían puesto en ella, y en los vestidos y manos de los que la habían tocado; todavía dura hoy en los huesos de fray Domingo. Sabe lo predicho, porque lo vio, estuvo allí presente, y tocó con sus manos.

Testigo VII

1. *Fray Esteban*⁸, prior provincial de la provincia de Lombardía, de la Orden de Predicadores. Hecho juramento, dijo: que hace más de quince años que conoció al maestro Domingo, fundador de la Orden de Predicadores y su primer maestro; pero antes de conocerlo personalmente, oyó narrar muchas cosas buenas acerca de él, de labios de hombres ilustres y dignos de fe, a saber: que siendo prior o subprior de la iglesia de Osma, de la que era canónigo, estudiaba teología en Palencia, y por entonces comenzó a hacer estragos en aquella región un hambre muy cruel, hasta el punto de que muchos pobres morían de hambre. Fray Domingo, movido a compasión y misericordia, vendió sus libros glosados de su propia mano; el precio de los mismos y otras cosas que poseía las dio a los pobres, diciendo: «No quiero estudiar sobre pieles muertas, y que los hombres mueran de hambre». Siguiendo su ejemplo, algunas destacadas autoridades hicieron lo mismo, y comenzaron a predicar desde entonces con él. Tal como entendió [el testigo], pocos días después vino fray Domingo a la región de Toulouse con el obispo de Osma a predicar, especialmente contra los herejes; fundó y organizó allí la Orden de Predicadores.

2. Dijo también que cuando el testigo estudiaba en Bolonia, llegó a esta ciudad el maestro Domingo, y predicaba a los estudiantes y a otras buenas gentes; el testigo le confesaba sus pecados, y le parecía que le amaba. Un atardecer, cuando se disponía a cenar en su hospedería con los compañeros, fray

⁸ Fray Esteban de España era estudiante de derecho en la universidad de Bolonia cuando le invitó Santo Domingo a entrar en su Orden (1219). Testificó en el proceso el 13 de agosto de 1233. Entonces era prior provincial de Lombardía y continuaría siéndolo hasta 1238. Fue nombrado obispo de Torres, en Cerdeña; en 1249 le concedió el Papa Inocencio IV la plena delegación en Cerdeña, y facultades para remover a los preladados desobedientes. Cf. EUBEL, *Hierarchia...*, t.I, p.404; QE, *Scriptores...*, t.I, p.42, n.A y p.53, n.B.

Domingo envió dos frailes para que le dijeran: «Fray Domingo os manda que al momento vengáis a su presencia». El respondió: «Iré nada más cenar». Pero ellos replicaron: «¡Lejos de eso!, tenéis que venir ahora mismo». Levantándose y dejando todo, fue a su presencia y le encontró con muchos frailes [en el convento] contiguo a la iglesia de San Nicolás. Fray Domingo dijo a los frailes: «Enseñadle a hacer la venia». Hecha la venia, se puso en sus manos, y antes de que se retirara le vistió el hábito de la Orden de Frailes Predicadores, diciendo: «Quiero darte armas con las que deberás luchar durante toda tu vida contra el diablo». El testigo quedó entonces y aun después maravillado, por la inspiración que tuvo fray Domingo al llamarle del modo referido, y darle el hábito de los Frailes Predicadores, ya que antes no había hablado nada con él de su ingreso en la religión. Cree, sin embargo, que hizo esto por inspiración o revelación divina.

3. Dijo también que Santo Domingo fue óptimo y muy gran consolador de los frailes, en las tentaciones de éstos y en las de los demás; lo sabe porque como al principio de su conversión era novicio, tuvo muchas y variadas tentaciones, en las que recibió pleno consuelo mediante sus consejos y predicación. Lo propio sucedió a muchos otros frailes novicios, como se lo oyó decir. Dijo el testigo que después de su conversión permaneció aproximadamente un año con fray Domingo en el convento de San Nicolás de Bolonia, y tuvo con él un trato muy familiar. Dijo que durante todo el tiempo en que convivió con fray Domingo no le oyó nunca palabra mala, nociva u ociosa. También dijo que era asiduo y solícito en la predicación; utilizaba palabras tan conmovedoras, que muy frecuentemente se emocionaba hasta las lágrimas y hacía llorar al auditorio. No ha oído nunca a nadie cuyas palabras conmovieran de tal modo a los frailes, hasta hacerles llegar a la compunción y llanto. Dijo igualmente que su costumbre era siempre la de hablar de Dios, o con Dios, en casa, fuera de casa, o de viaje. Exhortaba a sus frailes a hacer lo mismo, y lo puso en sus constituciones. Sabe esto porque lo vio, estuvo presente, lo oyó y trató con él. Dijo también que era asiduo y devoto en la oración, más que todos los hombres que haya conocido. Dijo que había observado que tenía esta costumbre: después de completas y de la oración común de los frailes, nos hacía entrar en el dormitorio, pero él permanecía en la iglesia en oración. Mientras oraba durante la noche se conmovía de tal suerte y prorrumpía en tales gemidos y

llanto, que los frailes que estaban cerca se despertaban, y algunos de ellos rompían a llorar. Con mucha frecuencia pernoctaba en oración hasta la hora de maitines; sin embargo, durante el oficio de maitines permanecía en pie, yendo de una parte a otra del coro, exhortando a los frailes y pidiendo que cantaran en alta voz y con devoción. Pasaba con tanta frecuencia las noches en oración, que el testigo no recuerda nunca haberle visto dormir en lecho, aun cuando le prepararan un lugar para acostarse, donde sólo había un cobertor extendido sobre un catre, sin paja y sin colchón; estando como estuvo tanto tiempo viviendo con él en un convento, le siguió solícita y muy frecuentemente para ver si le podía hallar durmiendo en el lecho.

4. Dijo también que le vio celebrar la Misa en muchas ocasiones, y siempre, durante la plegaria del canon, observó que sus ojos y mejillas estaban bañados en lágrimas. Celebraba y recitaba con tanta devoción el Padrenuestro en la Misa, que los circunstantes podían observar bien su fervor. No recuerda haberle visto nunca celebrar sin derramar lágrimas, como acaba de decir. Afirmó que todo esto lo vio y oyó, como ha referido. Dijo también que cuidaba con diligencia del cumplimiento de las ordenaciones y regla; era consolador de los frailes, más que cualquier otro que conociera jamás; cree que en lo predicho no tendrá nunca un sucesor que se le asemeje. Dijo también que fray Domingo era amante de la pobreza; le oyó predicar muy frecuentemente y exhortar a los frailes al cumplimiento de la misma. Cuando le ofrecían a él o a su comunidad de frailes posesiones, no las quería recibir, ni permitía que los frailes las recibieran. Quería que tuvieran casas pobres y pequeñas; él mismo llevaba un hábito pobrísimo y ropa ruin. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque le vio llevar un hábito pobrísimo y un escapulario corto, y no quería cubrírsele con la capa, aun en presencia de los magnates. Dijo también que, como tuvieran los frailes en el convento de San Nicolás celdas muy pequeñas, fray Rodolfo, que era el procurador, comenzó en ausencia de fray Domingo a elevar algunas la altura de un brazo. Pero una vez que fray Domingo volvió y advirtió la obra de elevación de las celdas, con lágrimas en los ojos, reprendió una y otra vez a fray Rodolfo y a los demás frailes, diciéndoles: «¿Queréis abandonar tan pronto la pobreza y edificar grandes palacios?». Y les obligó a abandonar semejante obra, que permaneció inacabada mientras él vivió. Dijo también que del

mismo modo que amó la pobreza para sí mismo, la quiso para sus frailes; les preceptuó que usaran ropa pobre y que no llevaran nunca dinero para el camino, sino que vivieran por todas partes de limosnas. Esto lo hizo escribir en su regla o constituciones. El testigo aseguró también que fue parco en la comida y bebida. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque le vio muchas veces en el refectorio, y cuando los frailes tenían dos platos, él se contentaba con uno. Mientras comían los frailes, fray Domingo dormitaba casi siempre sobre la mesa a causa de las muchas vigiliass; le tenían tan fatigado que comía y bebía poco, y se le apoderaba el sueño en la mesa de una manera irresistible.

5. Dijo también que cree firmemente que fray Domingo fue virgen en su mente y en su cuerpo, hasta el final de su vida. Interrogado por qué cree esto, respondió: porque fray Domingo se confesó con él, y nunca pudo entrever en su confesión que hubiera pecado mortalmente. Dijo también que era paciente y gozoso en la tribulación. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque le veía gozarse y alegrarse en la pobreza e indigencia de alimento y vestido que padecían por entonces él y sus frailes. Dijo también el testigo que cree firmemente que las gracias concedidas en aquel tiempo a los Frailes Predicadores en Lombardía y en otras provincias, les fueron otorgadas o aumentadas por la intercesión y méritos de fray Domingo. Interrogado por qué lo cree así, respondió: porque desde el tiempo en que fray Juan de Vicenza comenzó a predicar la revelación sobrenatural que le fue hecha acerca de fray Domingo, y a difundir entre el pueblo la noticia de su vida, modo de conducirse y santidad, y el testigo con otros frailes comenzó a tratar de la traslación de su cuerpo, se manifestaron y brillaron desde entonces de un modo ostensible gracias más abundantes, tanto entre los frailes que predicaban su santidad, como también entre las gentes que les escuchaban, como quedó patente en las ciudades de Lombardía, en las que una multitud de herejes fue condenada a la hoguera, y más de cien mil personas que ignoraban si debían adherirse a la Iglesia Romana o a los herejes, se convirtieron de corazón a la fe católica de la Iglesia Romana, por la predicación de los Frailes Predicadores. Que su conversión fue sincera, se deduce de que los herejes, que defendían con anterioridad a los convertidos, los perseguían y abominaban de ellos después. Casi todas las ciudades de Lombardía y de la Marca, pusieron en las manos de los frailes la ordenación de

sus asuntos y reforma de sus estatutos, para que suprimieran, añadieran, aminoraran o cambiaran según les pareciera oportuno. Lo mismo hacen para acabar con las guerras, establecer y estipular las paces entre ellos, devolución de intereses mal adquiridos, confesarse, y otras muchas obras buenas que sería muy largo enumerar.

6. Dijo también el mencionado testigo que él estableció el día y modo de trasladar el cuerpo del maestro Domingo. Estuvo presente en la traslación con numerosos frailes el podestá de Bolonia y muchos honrados ciudadanos de la misma ciudad; en su presencia, el testigo y otros frailes comenzaron a excavar con barras de hierro y picos, y encontraron la tierra dura y el cemento con el que habían cerrado la sepultura fortísimo y duro. Levantando la lápida que cubría el sepulcro sintieron un olor de tal fragancia, ellos y los demás circunstantes, que no encontraba palabras para describirlo, pues no parecía que tuviera el olor de ninguna cosa de este mundo. A causa de esta fragancia de olor, los frailes y demás presentes se postraron en tierra con lágrimas en los ojos, alabando y bendiciendo a Dios, que mostró de este modo tan admirable que debía ser glorificado su Santo. Encontraron la caja de madera en la que se había colocado el cuerpo de fray Domingo cerrada y asegurada fuertemente con clavos de hierro; la abrieron igualmente y el testigo aspiró un olor procedente de ella más intenso que el primero. Entonces, con reverencia y devoción, el maestro de la Orden con otros frailes, presente el señor arzobispo de Ravena y otros muchos obispos y clérigos, el podestá de Bolonia con otros muchos ciudadanos, trasladaron [sus restos] al sepulcro marmóreo en el que se encuentra al presente. Dijo también el mencionado testigo, que muchos días después se notaban vestigios de aquel primer olor, tanto en sus manos como en las de los demás que tocaron los huesos de fray Domingo. Sabe todo lo predicho porque lo vio y estuvo presente, tocó con sus manos, y experimentó muchas veces este olor en sus manos y en las de otros frailes que habían tocado [los restos].

Testigo VIII

1. *Fray Pablo de Venecia*⁹, sacerdote de la Orden de Predicadores. Una vez prestado juramento, dijo: que hacía más de

⁹ La declaración de fray Pablo de Venecia ante el tribunal tuvo lugar el 16 de agosto de 1233. Entró en la Orden el 3 de marzo de 1219, segundo do-

catorce años que había entrado en la Orden de Predicadores en Bolonia, hizo profesión en manos del maestro Reginaldo, y recibió el hábito en el domingo en que se canta el evangelio de la Cananea. El maestro Domingo llegó a Bolonia al verano siguiente. Desde que el maestro Domingo llegó a Bolonia, el testigo tuvo con él una gran familiaridad; le trató frecuentemente en el convento de Bolonia, acompañándole por casi toda la Marca Trevisana, comiendo, bebiendo, estando en casa, yendo de camino, recitando el Oficio de día y de noche, todo ello durante casi dos años. Dijo también que no recordaba haberle oído una palabra ociosa, difamatoria, de adulación, o nociva. Cuando le acompañaba en los viajes, le vio orar, predicar, darse a la oración y a la meditación de las cosas de Dios. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque el maestro Domingo decía al mismo testigo y a otros que estaban con él: «Caminad, pensemos en nuestro Salvador»; y se le oía gemir y suspirar. Dijo también que dondequiera que se encontraba, hablaba siempre de Dios o con Dios; a esto exhortaba a los frailes, y en la regla, es decir, en las constituciones de los Frailes Predicadores, lo hizo escribir. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque estuvo largo tiempo con él, vio y oyó esto. Dijo también que nunca le vio airado, agitado o turbado, ni por la fatiga del camino, o calor de la pasión, ni por otra cualquiera causa. Le contempló siempre alegre en las tribulaciones y paciente en las adversidades.

2. Dijo también que deseaba un tenor de vida pobre para sí y para la Orden; en este mismo sentido exhortaba a sus frailes. Dijo también que cuando el mencionado Maestro estaba en Bolonia, algunos boloñeses deseaban dar posesiones a la Orden, pero él no las quiso recibir y prohibió aceptarlas a los frailes. Estableció en las constituciones que no se recibieran posesiones en la Orden. Dijo también que llevaba un hábito pobrísimo; se descalzaba a la salida de las poblaciones y ciudades y caminaba con los pies desnudos; así lo vio muy frecuentemente yendo con él de camino. Dijo también que vio algunas veces a fray Domingo ir de puerta en puerta pidiendo limosna, recibiendo el pan como un pobre. Pidiendo limosna

mingo de Cuaresma, en que se leía el evangelio de la Cananea, como él precisa. Acompañó a Santo Domingo en varios viajes por el norte de Italia; estuvo presente en el capítulo general de 1220, y en el traslado de los restos de Santo Domingo, el 24 de mayo de 1233. De fray Pablo de Venecia habla Gerardo de Frachet en su *Vitae Fratrum*, nn.38 y 359. Cf. QE, *Scriptores...*, t.I, p.55, n.C.

en Dugliolo, un hombre le dio una hogaza entera; el Padre la recibió de rodillas con mucha humildad y devoción. Quería y decía a los frailes, como lo oyó frecuentemente, que vivieran de limosna. Dijo también que yendo de camino con él no le vio nunca acostarse en lecho, sino que algunas veces yacía sobre paja. En cierta ocasión después de una larga caminata, el bienaventurado Domingo, el testigo y otro compañero, llegaron a Porto Legnano y fueron hospedados en la residencia de los clérigos. Fray Domingo hizo preparar un lugar para que se acostaran sus compañeros; él, sin embargo, entró en la iglesia y pasó la noche en oración; no obstante, estuvo presente en maitines con los clérigos de la iglesia y sus compañeros de viaje. Dijo también que el bienaventurado Domingo ayunaba cuando se encontraba de viaje. A los que le acompañaban les hacía comer, a causa de la fatiga del camino. Dijo también que, aun cuando vivió con él en el convento contiguo a la iglesia de San Nicolás, como queda dicho, no recuerda que tuviera nunca lugar fijo para descansar de noche; a veces se acostaba en el suelo, o en un catre de mimbres, otras veces sobre un madero; pernoctaba frecuentísimamente en oración en la iglesia; lloraba mucho en la oración. Esto lo sabe porque lo presencié muchas veces. En alguna ocasión le fue a llamar cuando estaba orando y contempló su rostro bañado en lágrimas. Dijo que era devoto y asiduo en la oración, también cuando estaba de viaje; todos los días quería cantar la Misa si encontraba iglesia idónea para ello.

3. Dijo también que anhelaba mucho la salvación de las almas, tanto de los fieles como de los infieles. Con frecuencia dijo a este testigo: «Después de que organicemos y consolidemos nuestra Orden, iremos a los cumanos, les predicaremos la fe de Cristo y les conquistaremos para el Señor». Dijo también que observaba con exactitud y perfección la regla; exhortaba a los frailes y les mandaba que se ajustaran plenamente a ella; castigaba con rigor a los que la quebrantaban, pero les corregía con tanta paciencia y benignidad de palabras, que nadie se alteraba o conturbaba a causa de la corrección. Dijo también que se ajustaba a la vida de la comunidad en la comida y Oficio divino. Aun cuando pasaba con mucha frecuencia la noche en oración en la iglesia, estaba siempre presente con los frailes en maitines, e iba de una parte a otra del coro, exhortándoles de palabra y con el ejemplo para que cantaran bien, prestaran atención y recitaran devotamente los salmos. Estaba tan atento durante la plegaria, que no le distraía de la

oración ningún tumulto o alboroto. Dijo también que fue consolador de los frailes en sumo grado, así como de cuantos se encontraban en tribulaciones y atormentados en su espíritu. Esto lo sabe porque lo experimentó personalmente y se lo oyó decir a otros. Dijo también que fue paciente, misericordioso, sobrio, piadoso, humilde, benigno, casto; según cree firmemente y oyó decir, permaneció siempre virgen. Poseía en tal grado las mencionadas y demás virtudes, que no cree que hubiera en su tiempo un hombre mejor, ni sabe que hubiera otro igual. Dijo también que cuando iba de camino, predicaba a los que se le agregaban en el viaje, y les exhortaba a obrar bien y a la práctica de la penitencia.

4. Dijo también que estuvo presente en la traslación del cuerpo del maestro Domingo, de la sepultura en que fue colocado a raíz de su muerte (a cuyo acto de enterramiento asistió el testigo) al lugar en que reposa ahora. Estaba también presente cuando se abrió aquella primera sepultura en la que fue colocado al principio, con la asistencia de muchos obispos y otros clérigos, el podestá de Bolonia con otros muchos nobles ciudadanos. Comenzando a excavar, encontraron la tierra muy dura, un muro resistente y el cemento muy fuerte y duro, de tal modo que con dificultad lo pudieron romper, ayudados de mazas y barras de hierro. Levantaron con trabajo la lápida que se había colocado sobre la sepultura. Cuando fue separada la losa del muro y comenzaron a abrir el sepulcro, salió de la sepultura un olor muy intenso, deleitable y suave; tan fuerte que llenó toda la iglesia. Al experimentar, el testigo con los demás que estaban allí se postraron y, con lágrimas, dieron gracias a Dios por la fragancia que sentían. El testigo no había experimentado nunca un olor tan intenso, ni en tiendas de especias, entre una multitud de flores, o en algún otro lugar; aquella fragancia era desconocida para él y, según afirmaban, para los demás; no parecía que perteneciera semejante olor a cosa alguna de este mundo. Sabe esto porque estuvo presente a la apertura y vio cuanto ha dicho y experimentó el olor.

5. Dijo también que vino a Bolonia el domingo próximo pasado desde Venecia, para prestar este testimonio; el mismo día por la tarde le acometió un dolor muy agudo de riñones y región lumbar, que le acostumbraba a afligir durante varios días. Temiendo que no pudiera testificar, fue al sepulcro del bienaventurado Domingo y le rogó con mucha devoción que

le ayudara y se dignara librarle del dolor. Se vio libre de él casi instantáneamente.

Testigo IX

1. *Fray Frugerio Pennese*¹⁰, de la Orden de Predicadores. Prestando juramento, dijo: que en la Cuaresma próxima pasada hacía catorce años que había entrado en la Orden de Predicadores; hizo profesión en manos de fray Reginaldo, y de él había recibido el hábito en la iglesia de la Mascarella, que fue la primera sede de la Orden de Predicadores en Bolonia. En aquel mismo año, en el verano, vino a Bolonia fray Domingo, fundador de la Orden [radicada en la iglesia] de San Nicolás, y su primer Maestro. El testigo hizo una visita a su tierra con licencia del maestro Reginaldo; volvió a Bolonia el primero de septiembre y encontró al maestro Domingo en el convento contiguo a la iglesia de San Nicolás. Dijo que vivió con él más de cuatro meses en los conventos de Bolonia, Florencia y Roma; le acompañó en el viaje a Roma y por otras ciudades. Convivió con él, con él recitó el Oficio, con él se sentó a la mesa y conversó, escuchó sus confesiones, compartió su oración y con él habló acerca de Dios tanto de día como de noche. Dijo también que fue asiduo y devoto en la oración, cuando se encontraba de viaje y en el convento, hasta el punto de que no pudo comprobar que se acostara en lecho, aun cuando a veces se lo preparaban; y esto ni cuando se encontraba de camino, ni estando en el convento. Algunas veces, fatigado por sus largas vigiliass nocturnas, se dormía inclinado sobre sí mismo, o tendido en el suelo o sobre un madero. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque lo vio. Dijo también que, aunque oyó muchas misas celebradas por él, en el convento y de viaje, no le oyó ninguna en que no derramara abundantes lágrimas; y esto lo sabe porque lo vio.

2. Dijo también que pernoctaba en oración, y oraba con gemidos y lágrimas. Cuando predicaba a los frailes derramaba lágrimas y, a causa de ello, movía también a los frailes

¹⁰ Testificó en el proceso el 17 de agosto de 1233. Ingresó en la Orden en el convento de Santa María della Mascarella de Bolonia, y recibió el hábito de manos del Beato Reginaldo, en el año 1219. Se encontró con Santo Domingo en Bolonia el primero de septiembre de 1219. Le acompañó en un viaje a Roma y por diferentes ciudades. Fundó el convento de Siena en 1221. Cf. QE, *Scriptores...*, t.I, p.55.

al llanto. Dijo también que nunca le escuchó una palabra ociosa, nociva, de adulación o difamación, sino que hablaba siempre de Dios o con Dios. A los que se le agregaban como compañeros de viaje les predicaba acerca de Dios; a esto mismo exhortaba a sus frailes, y lo hizo poner en la regla de los Frailes Predicadores. Dijo también que era muy celoso de la salvación de las almas; había dispuesto que una vez organizada la Orden, iría a evangelizar a los paganos, dispuesto a morir por la fe si fuera necesario. Interrogado cómo sabe esto, respondió: porque le vio hacer y decir lo antedicho. Dijo también que era severo para consigo mismo, hasta el punto de que estando de camino observaba íntegramente los ayunos de la Orden; no quería comer antes de hora, pero a sus compañeros les hacía comer dos veces. Usaba la misma túnica en invierno que en verano. Dijo también que amaba la pobreza, exhortando en el mismo sentido a los frailes. Interrogado cómo le sabe, respondió: porque le vio llevar hábito pobre, y le escuchó exhortar a sus frailes a abrazar y amar la pobreza. Si advertía que algún fraile tenía vestidos dignos de reprehensión por lujosos, o por la forma, le corregía y reformaba. Amó tanto la pobreza que no quiso que los frailes recibieran posesiones, sino que vivieran de limosnas; y esto lo hizo escribir en la regla de sus frailes. Quería que tuvieran casas pobres y escritorios pobres, de modo que buscaran en casi todo lo más ordinario y pobre.

3. Dijo también que fray Domingo observaba personalmente la regla con integridad y rigor, y quería que fuera observada por los frailes. Y si a veces encontraba a algunos quebrantándola, los castigaba con mansedumbre y dulzura de palabras, de tal modo que nadie se escandalizaba, aun cuando la penitencia fuera muy grave. Interrogado cómo lo sabe, respondió: porque convivió largamente con él, le vio y escuchó. Dijo también que le oyó en confesión; percibió de ella, y así lo cree firmemente, que nunca se manchó con pecado alguno mortal. Dijo también que fue humilde, benigno, paciente en las tribulaciones, alegre en las adversidades, piadoso, misericordioso, consolador de los frailes y de los demás; estuvo tan adornado de todas las virtudes, que por lo que vio y supo de él, cree firmemente que no hubo otro semejante entre las personas que ha visto y conocido.

Aldrovando, hijo del difunto Tebaldo, notario por autoridad imperial, recibió a estos testigos, redactó y escribió en

forma oficial sus testificaciones, por mandato de los señores, maestro Tancredo, arcediano de Bolonia, Tomás prior de Reno, y fray Palmiero de Campagnola, jueces delegados por el señor Papa Gregorio IX. Gracias sean dadas a Dios. Amén.

III. MANDATO DE LOS COMISARIOS DE BOLONIA A LOS DELEGADOS DE TOULOUSE

A los venerables y discretos, abad de la iglesia de San Saturnino de Toulouse, Raimundo Donat, arcediano de la iglesia de San Esteban de Toulouse, y Poncio, arcediano de la iglesia de San Saturnino de Toulouse, de parte del maestro Tancredo, arcediano de la iglesia de Bolonia, Tomás, prior de la iglesia de Santa María de Reno, y fray Palmiero, canónigo de la iglesia de la Santísima Trinidad de Campagnola, de la Orden de San Agustín, jueces delegados por el Sumo Pontífice. Salud en el Señor.

Recientemente, el venerable padre Enrique, obispo de Bolonia, el clero, el podestá, la municipalidad y la universidad de la misma ciudad, por escrito y mediante embajada oficial compuesta por clérigos y laicos, han pedido con mucho respeto y gran insistencia al Papa y a toda la Curia Romana, que fueran canonizadas y aprobadas las reliquias de fray Domingo, fundador y primer Maestro de la Orden de Predicadores, y que el mismo fray Domingo fuera agregado al catálogo de los santos.

En consecuencia, el Papa nos mandó mediante documento escrito, que indagáramos acerca de la vida y conducta de fray Domingo, para poner de manifiesto que agradó a Dios y a los hombres, así como hacer una averiguación acerca de los milagros que mediante la veneración de su santo cuerpo ha obrado el Señor. Se nos ordenó averiguar la verdad con gran diligencia y vigilante solicitud, recibiendo testigos idóneos quienes, según lo estipulado por las leyes de la Iglesia, prestaran juramento y se les interrogara con todo cuidado. Al recibir nuevo mandato, tendremos que remitir al Papa y a la Curia sus respuestas, cerradas y garantizadas con nuestros sellos, y valiéndonos de embajadores oficiales y dignos de confianza. Mas como hemos recibido ya muchos testimonios acerca de la vida y conducta que observó en Italia, así como de algunos milagros, y, por otra parte, sabemos que con relación a su vida, conducta y santidad, y también respecto a los milagros,

se pueden probar muchas cosas por vuestras tierras, de lo que no se tiene noticia en la nuestra, os rogamos y exhortamos en el Señor y mandamos en virtud de la autoridad apostólica que se nos ha confiado, que sobre la vida y conducta de aquel que se sabe fue grato a Dios y a los hombres, y respecto a los milagros si los ha obrado quizás el Señor en vuestra región por los méritos de su santa vida, recibáis testigos idóneos que os presente algún fraile de su Orden, precediendo juramento en la forma en que lo pide la Iglesia, examinando diligentemente y preguntando la fuente de conocimiento de cuanto afirmaren; a saber, cómo lo saben, en qué tiempo, en qué mes, en qué día, en qué lugar y ante quiénes se obraron los milagros; también, a quién se dirigió la invocación, qué palabras utilizaron, los nombres de aquellos de quienes se dice que han sido beneficiarios de los milagros; si habían visto antes a aquellas personas, o tenían un conocimiento de ellas; cuánto tiempo estuvieron enfermos, de qué enfermedad, cómo recuperaron la salud. Averiguad diligentemente todas las circunstancias, y haced redactar por escrito cuanto se diga, así como las preguntas y respuestas que den. Nos lo enviaréis cerrado y autenticado con vuestros sellos, por medio de un embajador de confianza para que después, junto con las testificaciones recibidas por nosotros, lo podamos transmitir al Sumo Pontífice.

Este es el texto de la carta que nos ha dirigido el Papa: «Gregorio obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestros amados hijos el arcediano de Bolonia, el prior de Santa María de Reno y fray Palmiero, canónigo de la iglesia de Campagnola, de la Orden de San Agustín, pertenecientes a las diócesis de Bolonia y de Reggio, salud y bendición apostólica. El Creador omnipotente y eterno de todo lo visible e invisible, aunque conforta al pueblo que formó con el regalo incesante de abundantes gracias, lo renueva, sin embargo, mediante la producción de nuevos beneficios, signos del afecto con que creó a la humanidad, y de los efectos mediante los cuales realiza la salvación. Lo prueba el delicioso espectáculo de nuevas flores y lo manifiesta la cosecha gratuita de nuevos frutos. Así pues, para manifestar a los fieles las eternas delicias, para aumentar en las gentes la fe, esperanza y caridad, para dirigir los pasos de los que están sentados en las tinieblas y sombra de muerte por el camino de la paz y claridad eterna [Lc 1,79], el Creador admirable del sol y la luna produce desde su trono celeste nuevas luminarias que irradian luz inextin-

guible. Por su medio, los corazones devotos, que buscan las mansiones radiantes de luz inefable se inundan de una ilimitada alegría, y reciben infinitos beneficios de todo género.

Con razón se alegran muchos en nuestro tiempo, por haber visto en pleno día una estrella, aun cuando recuerdan haber contemplado innumerables en el transcurso de la noche. Se alegraban también los Magos por el fulgor de las estrellas, que la sabiduría de Dios permitió admirar desde la creación, pero como esperasen una nueva estrella en el Oriente [Mt 2,1-2], anunciando el nacimiento del Rey, se llenaron de gozo indescriptible al contemplarla. De igual modo se alegra la Santa Madre Iglesia cuando en su resplandeciente firmamento, iluminado por los destellos de los diferentes santos, comienza a brillar un nuevo astro que proyecta de una manera singular y excepcional una luz potentísima, por la cual se disipan las tinieblas de los que no conocen al Señor, se combaten las doctrinas perversas de los herejes, y se acrecienta la fe gozosa de los fieles.

Ciertamente, hemos creído con gozo desde hace tiempo que fray Domingo, de venerable memoria, fundador y Maestro de la Orden de Predicadores, por obra de la divina misericordia está unido a la comunidad de los santos, y muestra por medio de prodigios, que participa ya de la gloria de la bienaventuranza. Pues ante su tumba y en otros lugares, por la invocación de su nombre y la súplica procedente de una sincera piedad, el Señor que es admirable en lo alto [Sal 92,4], obra milagros en abundancia en beneficio de muchos.

En verdad, aun cuando por las eminentes virtudes con que estuvo en otro tiempo plenamente adornado el recordado fraile, así como por sus conocidos milagros, con los que según afirman brilla su santa sepultura, se debe afirmar por boca de la Esposa celeste, que se encuentra entre el número de los santos, sin embargo, como la verdad no brilla tan presto en las mentes inclinadas a la duda, y el primer relato de las cosas milagrosas no suele hacer exultar igualmente el ánimo de todos, ya que no es oro todo lo que reluce, ni toda blancura marfil, Nos, guiados por la prudencia, conviene que obremos con presteza en las cosas ciertas y con lentitud en las dudosas; a vuestra discreción, de la que tenemos plena confianza en el Señor, os mandamos mediante documento apostólico que iniciéis una averiguación. Considerad prudentemente que la Luz verdadera [Jn 1,9] y Señor de los santos, Jesucristo, por medio de signos notorios y prodigios a la vista de

todos [2 Co 12,12], confortó el ánimo temeroso de los discípulos, iluminando sus mentes entenebrecidas con la certeza manifiesta de su gloriosa resurrección. Examinad, por tanto, la vida y conducta de este fraile, del que es manifiesto que agradó a Dios y a los hombres, así como los milagros que, por la intervención de Dios, se obran ante su cuerpo santo, teniendo en consideración sólo el honor de la divina Majestad; procurad averiguarlo con esmerada diligencia y solicitud vigilante, mediante testigos idóneos; todo lo cual pondréis por escrito autenticado con vuestros sellos, conservándolo fielmente, y nos lo enviaréis por medio de embajadores oficiales y dignos de confianza, cuando recibáis mandato apostólico para ello. Si no podéis intervenir todos en la ejecución de estas formalidades, llevadlo a cabo al menos dos de vosotros. Dado en Letrán, el 13 de julio del año séptimo de nuestro pontificado [1233]».

Además, para salir al paso de cualquier eventualidad, en el caso de que no podáis participar todos simultáneamente en esta indagación, nosotros, en virtud de la autoridad de que estamos investidos, mandamos que al menos dos de vosotros la lleven a término. Para dar plena autenticidad a la presente página, la corroboramos con nuestros sellos. Dado en Bolonia, el día 19 de agosto [de 1233].

IV. ACTAS DE LOS TESTIGOS DEL LANGUEDOC

1. Copia de la carta que enviaron un abad y dos arcedianos de Toulouse a los jueces delegados por la Sede Apostólica para llevar adelante una investigación sobre la vida de Santo Domingo. Esta carta refleja cuanto averiguaron y escucharon de parte de los que convivieron con el siervo de Dios. He aquí su contenido:

2. «A los venerables y discretos, el maestro Tancredo, arcediano de la iglesia de Bolonia, Tomás, prior de Santa María de Reno, fray Palmiero, canónigo de la iglesia de la Santísima Trinidad, jueces o inquisidores delegados por la Sede Apostólica, P., abad de San Saturnino de Toulouse, R. Donat, arcediano de San Esteban de Toulouse, y Poncio, arcediano de la iglesia de San Saturnino de Toulouse, salud y reverencia.

Tal como nos habéis mandado con autoridad apostólica por medio de vuestras letras, hemos indagado acerca de la vida y conducta del bienaventurado Domingo, valiéndonos de R., prior de Prulla, y P. de Agen, frailes de la Orden de Predicadores, así como de R. de Aura, prior de San Antonino [de Frédelas, en Pamiers], y R. de Villasavary, ecónomo del mismo monasterio¹¹. Investigada con diligencia la verdad, juzgamos oportuno remitir para vuestra discreta consideración este documento, del que penden nuestros sellos.

3. P[oncio]¹², abad de Boulbonne, de la Orden Cisterciense, una vez prestado juramento, dijo: que fue arcediano de Toulouse, y en la misma ciudad oyó a Fulco, de feliz memoria, entonces obispo de aquella sede, al bienaventurado Domingo y también a muchos otros, que el arzobispo de Auch presentó al bienaventurado Domingo para el obispado de Couserans, que estaba bajo su dependencia, pero él rehusó

¹¹ Raimundo de Villasavary donó en diciembre de 1210, los bienes que poseía en su pueblo natal al monasterio de Prulla. Después se hizo canónigo regular en San Antonino de Frédelas. Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.209.

¹² Poncio de San Víctor, abad cisterciense de Boulbonne (Saverdum, Ariège), en 1232-1234.

aceptarlo. Ante la insistencia del arzobispo, presentó la excusa de la reciente fundación de los Predicadores y de las monjas de Prulla, que tenían puesta su mirada en él. Cree que su elección fue canónica y concorde. Sabe que fue celoso de la salvación de las almas, ferviente en la plegaria y en la predicación. Buscó con empeño a los herejes, fue amante de la pobreza, parco para sí y benigno para los demás, casto, humilde, paciente; en las persecuciones, firme; en las tribulaciones, alegre. Fue un hombre religioso, y se despreciaba a sí mismo; fue padre y consolador de los frailes enfermos y de los que se encontraban atribulados; amante de la disciplina, ejemplar en todo para sus frailes; huyó de la gloria del mundo; fue generoso, hospitalario, amante de todos los religiosos, pobre en el vestir, amante de la cuestión de la fe y la paz¹³. Los pecados de los demás le atormentaban de tal modo, que de él se podía decir lo que del Apóstol: «¿Quién desfallece que no desfallezca yo?» [2 Co 11,29]. Cree que fue virgen.

4. Fray G[uillermo]¹⁴, sacristán del mismo monasterio [de Boulbonne], prestado juramento, dijo lo mismo, excepto lo de la elección para el episcopado, y exceptuando también lo de la hospitalidad. Dijo que fue pobre en el tiempo que le acompañó, y que fue generoso en distribuir a los frailes las túnicas que le daban para él.

5. Fray B. Claret, monje del mismo monasterio [de Boulbonne], testigo jurado, dijo lo mismo que el sacristán, y añadió: que oyó que había sido elegido para obispo de Couserans, y que cuando era canónigo de Osma no comía carne como el resto de los hermanos, pero no la rehusaba, sino que la escondía entre la comida.

6. M[aurín]¹⁵, abad de Pamiers, prestado juramento, dijo lo mismo que el abad de Boulbonne, añadiendo que le

¹³ Sobre el «Negotium pacis et fidei», cf. VICAIRE, *Dominique et ses prêchers*, p.4-20. En esta época en el mediodía de Francia, el tema de la fe y de la paz era una misma cosa. Se trataba ante todo de la paz de los corazones, fundamentada en una sincera conversión al Evangelio.

¹⁴ Guillermo Claret era originario de Pamiers; después de la fundación de Prulla se entregó a sí mismo, junto con sus bienes, al monasterio. Después, en 1224, salió de la Orden para entrar en los cistercienses de Boulbonne. VICAIRE, *Historia...*, p.199; KOUDELKA, *Notes sur le cartulaire...*, p.105, 109.

¹⁵ Abad del monasterio de canónigos regulares de San Antonino de Frédelas, en Pamiers (1227-1256).

conoció personalmente y le escuchó el llanto, y contempló sus lágrimas en la oración. Además, que llevaba una sola túnica.

7. El maestro A[rnaldo] de Crampagna¹⁶, sacristán del mismo lugar [de Pamiers], habiendo hecho juramento, dijo que él mismo comprobó y oyó decir que don Domingo no daba descanso a los herejes, y les refutaba tanto de palabra, como con su vida ejemplar. Trabajaba intensamente en la promoción de la causa de la fe y de la paz; y por ello se exponía a múltiples peligros. El testigo cree que todas las declaraciones que se han hecho anteriormente son verdaderas.

8. R[aimundo] Mayor, canónigo, testigo jurado, dijo: que sabe que las antedichas declaraciones responden a la verdad. Cree que fue virgen. Dijo que por la imposición de sus manos quedó curado de unas fiebres¹⁷.

9. [Raimundo] Geraldo, testigo jurado, dijo: que oyó decir a un anciano, canónigo premostratense, que él mismo había visto a don Domingo imponer las manos sobre los ojos de un ciego, y al momento recobró la vista.

10. B. Otón, testigo jurado, dijo: que conoce las anteriores testificaciones y cree que reflejan la verdad. Añadió que, yendo con él y con otros por los bosques se quedaba el último. Cuando volvían en su busca, le encontraban con frecuencia arrodillado, no obstante el peligro de lobos rapaces que atacaban a muchos.

11. [Guillermo] de Verniolle, testigo jurado, dijo: que le conoció personalmente, que le vio y escuchó; era ferviente en la plegaria y en la predicación, religioso; se despreciaba a sí mismo, casto, humilde, amante de la pobreza; su principal lecho era la iglesia; no daba tregua a los herejes. El testigo cree que son verdaderas las anteriores declaraciones.

12. Gerardo de Orleix, testigo jurado, dijo: que sabía que las anteriores declaraciones eran verdaderas; cree que fue

¹⁶ Arnaldo de Crampagna era clérigo secular cuando hizo de árbitro en Pamiers, en una disputa entre católicos y herejes. El mismo se había pasado a los valdenses. Sin embargo, en la disputa se inclinó hacia los católicos y en contra, tanto de los cátaros como de los valdenses. Entonces hizo entrega de su persona y bienes al obispo Diego de Osma. Fue canónigo sacristán de San Antonino de Frédelas. Se encontró con Santo Domingo en Roma en 1221. Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.221.

¹⁷ En el manuscrito de Módena se omite este testimonio de Raimundo Mayor. En su lugar, se encuentra el siguiente: «Poncio, presbítero capellán del mismo lugar [Pamiers], testigo jurado, dijo: que él mismo oyó y escuchó y era sabedor de todo lo declarado por el abad de San Antonino [de Frédelas]». Cf. KOUDELKA, *Les dépositions...*, p. 64.

virgen. Le trató familiarmente, y no supo ni oyó de él nada sospechoso o desfavorable a su persona.

13. El maestro B[ernardo] de Baulhanis, prestado juramento, dijo: que el bienaventurado Domingo era celoso de la salvación de las almas, ferviente en la plegaria y en la predicación, buscador diligente de los herejes, amante de la pobreza, parco para sí y benigno para con los demás, paciente, humilde, religioso, se despreciaba a sí mismo, amante de la disciplina; rehuía la gloria del mundo, pobre en el vestir, amante de la causa de la fe y de la paz. El testigo cree que todas las demás declaraciones son verdaderas.

14. P[edro] Bruneti, presbítero, testigo jurado, dijo: que sabía y creía que todas las declaraciones anteriores eran verdaderas. Añadió que una vez en que cruzó el río en una embarcación, los barqueros le pidieron por sus servicios un denario. Como no tuviera con qué pagar, le exigieron con apremio que les entregara algo en prenda, o el denario; esto fue causa de que le detuvieran. Pero él, fijando los ojos en tierra, les mostró un denario, a la vez que les decía: «Recibid de la tierra lo que me pedís». Tomando el denario, le dejaron marchar.

15. Guillermina¹⁸, mujer de Elías Martín, testigo jurada, dijo: que ella tejía el cilicio que el bienaventurado Domingo acostumbraba llevar. Sabe y cree que las anteriores declaraciones son verdaderas; cree que fue virgen. Comió a la misma mesa con él más de doscientas veces, pero no le vio tomar nunca en la comida más de la cuarta parte de un pescado, o más de dos yemas de huevo, ni beber más de un vaso de vino, mezclado con tres partes de agua. No le vio tampoco comer más de un trozo de pan. Encontrándose afligido por un agudísimo dolor, vio cómo los presentes le pusieron en una cama, pero él al momento se ponía en tierra, porque no acostumbraba a acostarse en el lecho.

16. Noguière de Toulouse¹⁹, testigo jurada, dijo: que cree que las declaraciones anteriores son verdaderas; cree también que fue virgen. Dijo que ella tejía el cilicio que usaba, hecho con cerdas de animales salvajes y machos cabríos.

17. Beceda²⁰, monja de Santa Cruz, testigo jurada, dijo:

¹⁸ Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.639.

¹⁹ Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.639.

²⁰ Era monja de Sainte-Croix, localidad del Ariège. Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.639.

que sabe que las declaraciones anteriores son verdaderas. Cree que fue virgen. Ella misma reunió rabos de buey para hacerle un cilicio, y otro para don Fulco, obispo de Toulouse; no le oyó nunca una palabra vana, aun cuando le fue muy familiar. Le preparaba con frecuencia una cama, pero no se acostaba en ella; aún más, por la mañana la encontraba dispuesta tal como la había dejado cuando la hizo. Y lo mismo hacía cuando estaba enfermo; entonces le encontraba frecuentemente en el suelo destapado. Le cubría, pero cuando daba otra vuelta le hallaba orando, en pie o postrado. Ella le cuidaba con mucha diligencia. Dijo también que, aunque comió más de doscientas veces en la casa en que ella habitaba, tomaba a lo más un par de huevos, aun cuando le prepararan diferentes alimentos. Todo lo contenido en las declaraciones anteriores, es voz común muy extendida en todo el obispado de Toulouse y Couserans, y por dondequiera que pasó con tal de que hiciera alguna parada, entre religiosos, clérigos, laicos, hombres y mujeres que le conocieron.

18. D. G[uillermo] Peyronnet²¹, abad del monasterio de San Pablo, dijo: que el bienaventurado Domingo tenía una sed ardentísima de la salvación de las almas; era amante en grado sumo de las almas, y ferviente en la predicación, hasta el punto que, de día y de noche, en las iglesias y en las casas, en los campos, por los caminos, y en todas partes, quería predicar, y exhortaba a los frailes para que predicaran la Palabra del Señor, y que no hablaran a no ser de Dios. Dijo también que fue en busca de los herejes, y se oponía a ellos cuanto podía, predicándoles y manteniendo controversias con ellos. Dijo también que fue amante de la pobreza, hasta el punto de que rehusó y renunció a las posesiones, a casas de campo, castillos y rentas, con que en diversas partes había sido enriquecida la Orden. Dijo también que fue para sí mismo muy frugal en la comida y, a excepción de pan y vino, no tomaba otros alimentos, a no ser que a instancias de los frailes o de los que le rodeaban, probara un poco del cocido diario. Sin embargo, quiso que para los demás hubiera en abundancia, en cuanto lo permitía la coyuntura y posibilidades de la casa. Dijo también que fue virgen, como oyó decir a muchos. Dijo también que rehusó el obispado de Couserans y no quiso presidir

²¹ Guillermo II Peyronnet, abad de San Pablo de Narbona. Cf. VI-CAIRE, *Historia...*, p.608.

aquella iglesia, aun cuando había sido elegido como pastor y prelado. Dijo también que nunca había visto un hombre tan humilde bajo todos los aspectos, ni con menos aprecio de la gloria del mundo, y de todas aquellas cosas concernientes a la gloria temporal. Dijo también que aceptaba las injurias, afrentas y ofensas con mucha paciencia y alegría, como si se tratara de un regalo y recompensa grande. Dijo también que no se acobardaba en las persecuciones, sino que avanzaba frecuentemente seguro e intrépido en medio de los peligros. Nunca se desvió de la calzada, amedrentado por el miedo; todo lo contrario, cuando se apoderaba de él el sueño en el camino, se echaba en el suelo a la vera del mismo y allí dormía. Dijo también que aventajaba en virtud a cuantos había conocido. Dijo también que se despreciaba mucho, no teniendo en nada. Consolaba paternalmente a los frailes enfermos, y les sostenía de modo admirable en sus enfermedades. Dijo también que cuando advertía que algunos pasaban por momentos de tribulación, les exhortaba a la paciencia, y cuando estaba a su alcance les consolaba. Dijo también que fue amante de la disciplina regular y corregía paternalmente a los infractores. Dijo también que dio siempre ejemplo en todo a los frailes, en palabras y acciones, en el comer y vestir, y en las buenas costumbres. Dijo también que no había visto a nadie que orara con tanta frecuencia, ni con tanta abundancia de lágrimas. Dijo también que cuando estaba en oración era tal su clamor, que se le oía por todas partes. Decía a gritos: «Señor, ten misericordia de tu pueblo. ¿Qué será de los pecadores?». Y así pasaba las noches insomne, llorando y gimiendo por los pecados de los demás. Dijo también que fue generoso, hospitalario, y compartía muy gustosamente cuanto tenía con los pobres. Dijo también que amaba y honraba a los religiosos y a los amantes de la religión. Dijo también que no vio ni supo nunca, que tuviera lecho para dormir, a no ser la iglesia, allí donde fácilmente pudiera encontrar una iglesia. Donde no había iglesia, se acostaba siempre sobre un escaño, o sobre los cordeles del catre, quitando el colchón y las ropas que le habían puesto en el lecho para dormir. Dijo también que sólo le vio una túnica, y ésta remendada. Dijo también que quería llevar siempre la capa de tejido más ruin que la de los frailes. Dijo también que fue partidario de la causa de la fe y de la paz, y en cuanto pudo fue apoyo y ayuda de los fieles.

19. Todas estas cosas afirmaron y estuvieron conformes

con ellas, una vez prestado juramento, los siguientes: A. cura de Villasavary, que conoció además en Fanjeaux a una endemoniada, librada del demonio por las oraciones del bienaventurado Domingo; A. Poncio, cura, y R[aimundo] de Villasavary, sacerdote de Fanjeaux, R., clérigo, que además cree que fue librado de las fiebres por sus méritos. Todos éstos y otros muchos de Fanjeaux, que decían a una voz, que nunca habían conocido vivo, a un hombre tan santo y tan honrado²².

²² El manuscrito de Módena modifica un tanto, y amplía este número 19. He aquí el texto: «Todas estas cosas afirmaron y concedieron una vez hecho juramento, los siguientes: A. Cot, cura de Villasavary que conoció además en Fanjeaux a una endemoniada, librada del demonio por las oraciones del bienaventurado Domingo, Andrés Poncio, cura, R. de Villasavary, sacerdote de Fanjeaux, R. de Mense (?), sacerdote, B. Acio, diácono, R. de Aula, clérigo, Mot Redocci, clérigo, A. R., clérigo, que además cree que fue librado de las fiebres por sus méritos. Y lo mismo otros cuatro testigos jurados. Y todos los infrascritos de Fanjeaux, que decían a una voz que nunca habían visto a un hombre tan santo y tan honesto, a saber: Guillermo Faber, Andrés de Villasavary, Pedro de Garmasia, y muchos otros de Fanjeaux designados por sus propios nombres. En total son cuarenta y dos testigos jurados.

Estas son las personas de Villasavary que estuvieron de acuerdo con todas las declaraciones consignadas más arriba: Raimundo Poccuers, Giraldo, Bertrams, Esteban, y los demás de Villasavary, designados por sus propios nombres. En total son setenta y cuatro testigos jurados.

Estos son los de Prulla: Fray Miguel [...] [ver más abajo, n.20]. Fray R. Corda dijo [...] [ver más abajo, n. 21], y que vio a una persona librada del demonio por Santo Domingo. Fray P. Rava, fray Compati, fray Bartolomé y otros tres.

También la priora de Prulla y monjas de aquel monasterio, a saber: la subpriora, Aysa, Savara, Crisana, Arcliares, Saura de Valenti, y otras monjas en número de once, designadas por sus propios nombres. También G. Vital, diácono, R., escribano, G. de San Cucufate, B. de Feran, que advirtió vestigios de las lágrimas que derramó el bienaventurado Domingo estando en oración. También el maestro P. Selagisse, que halló las lágrimas y el lecho humedecido, donde había llorado abundantemente [el bienaventurado Domingo]. Dijo también que el bienaventurado Domingo libró con su oración a un endemoniado. Y otros muchos de Prulla designados por sus propios nombres, que en total son treinta y ocho testigos jurados. Todos están de acuerdo con las declaraciones anteriores.

Estos son los de Montreal, que estuvieron de acuerdo con las declaraciones anteriores. Hecho juramento, dijeron: que no vieron nunca vivo a un hombre tan santo y tan honesto. Marcos, diácono [ver más abajo, n.22]. Y aceptó todo lo anterior, como también todos los que siguen, cuyos nombres son: R. de Calono, diácono, Ar. de Tisel y los demás de Montreal, designados por sus propios nombres, que en total son sesenta y cuatro testigos jurados. Blayda de Fenoletto, Bernarda Permasperia, Longa Bruna, Acta de Toulouse, Quiralda de Montreal, Petronila Barena, Nichesa. Todas ellas concuerdan con las anteriores declaraciones». Cf. KOUDELKA, *Les dépositions...*, p.64-65.

20. Fray Miguel²³, hecho juramento, dijo: que todo lo antedicho es verdad, tal como lo vio y oyó. Dijo también que el bienaventurado Domingo supo con espíritu profético, que era necesario que los frailes dejaran Toulouse²⁴.

21. Fray R. dijo lo mismo que el anterior. Escuchó hablar de su virginidad a don Fulco, obispo de Toulouse, a fray D. Aivamino, y a fray J[uan] de Caleruega²⁵, y también que rehusó el obispado de Béziers; conoció a una persona a la que libró del demonio.

22. Marcos, diácono, una vez prestado juramento, dijo: que rehusó el episcopado, y que encontró humedecido por las lágrimas el lugar en que había estado haciendo oración.

23. Berenguela, hecho juramento dijo: que vio con sus propios ojos y lo oyó con sus oídos, cuando el bienaventurado Domingo mandó a nueve mujeres convertidas de la herejía, que miraran al demonio que las tenía poseídas. Este tenía forma de gato; sus ojos eran parecidos a los de los bueyes, y centelleaban; sacaba una lengua de fuego, de medio pie de larga; la cola medía aproximadamente medio brazo; su tamaño era el de un perro. Mandado por el bienaventurado Domingo salió por el agujero de la cuerda de la campana, y desapareció de la vista de los presentes. Antes, sin embargo, les había prevenido para que no temieran, porque les iba a mostrar al señor a quien servían.

24. R[aimundo] de Sanches, dijo que en virtud de sus oraciones, la hija de una determinada mujer recobró la salud. Esta mujer le había rogado que visitara a su hija, a lo cual respondió el bienaventurado Domingo: «Vete, que yo pediré por ella». Al día siguiente, como aseguró la madre, sanó su hija.

25. R[aimundo] y Zonzanna, aseguraron que le oyeron decir, que antes tomaría su bastón y huiría de noche, que aceptara el episcopado u otra dignidad.

26. Al final de esta carta figuraban más de trescientos nombres de personas, hombres y mujeres, que testificaron las anteriores declaraciones con juramento. Figuraban entre ellos

²³ Pudiera tratarse de fray Miguel de Ucero, o de fray Miguel de Fabra, ya que ambos entraron en la Orden antes de la dispersión de 1217.

²⁴ La dispersión tuvo lugar el día de la Asunción de María, 15 de agosto de 1217. ¿Desde San Román de Toulouse?, ¿desde Prulla? Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.377.

²⁵ Fray Juan de Caleruega, ¿era familiar de Santo Domingo? Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.30.

muchos religiosos, presbíteros, clérigos, monjas y otras personas honestas y fidedignas. Pero todo lo afirmado anteriormente era voz pública; se conservaba y existía fama de su santidad y virtudes en los lugares en que había vivido, como queda patente en el documento corroborado con los sellos de los predichos señores.

Termina la vida de Santo Domingo, nuestro Padre.

V. BULA DE CANONIZACION DE SANTO DOMINGO

Gregorio obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, a nuestros amados hijos los abades, priores, arcedianos, arciprestes, deanes y demás prelados de las iglesias a cuyas manos llegaren estas letras, salud y bendición apostólica.

Nuestro Señor Jesucristo, *Fuente de la Sabiduría*, Verbo del Padre [Eccli 1,5], cuya naturaleza es bondad y su obra la misericordia; que redime y renueva a los que ha creado, y no abandona hasta la consumación de los siglos [Mt 28,20] la viña que trasplantó de Egipto [Sal 79,9], renueva sabiamente los prodigios por la inconstancia de la mente humana, y repite los portentos para salir al paso de la desconfianza de los incrédulos. Pues desde el nacimiento de la Iglesia, después de la muerte de Moisés, es decir, tras el fin de la Ley [Rm 10,4] el Señor subió a los caballos y a las cuadrigas de los Evangelios, que son en verdad fuente de salud y, queriendo anular la presunción de Jericó, es decir, la vanagloria del mundo, la derrotó ante la admiración de las naciones, con el solo estruendo de la predicación, tomando en su mano el arco de la divina palabra, que había mantenido en tensión hasta reducir a los judíos a la impotencia [Sal 57,8], y recordando el juramento que había hecho a nuestros padres, abrió en el mar un camino para sus caballos, prefigurando con la señal del hilo de púrpura de Rahab [Jos 2,18-21] la salvación de innumerables pueblos.

En la primera de las cuatro cuadrigas, que según la profecía de Zacarías salía de entre dos montañas de bronce [Za 6,1-2], tenía enganchados caballos oscuros, que representaban a los príncipes de los pueblos y a los poderosos de la tierra que, adhiriéndose por la obediencia de la fe [Rm 1,5; 16,26] al Dios de Abraham, padre de los creyentes [Rm 4,11], y para fundamento de la nueva alianza, tiñeron sus vestidos a ejemplo de su caudillo en Bosra [Is 63,1], es decir, en la angustia de la tribulación, enrojecieron en sangre todas las insignias del combate. De modo que no temieron la espada temporal y,

con el fin de conquistar la gloria futura, se hicieron mártires, que es lo mismo que decir, testigos. Con su confesión suscribieron el libro de la nueva Ley, y con la pública manifestación de sus milagros dieron valor a sus pactos. El libro y el tabernáculo, obras divinas, que no humanas, así como los vasos del ministerio evangélico fueron teñidos, no con sangre de animales, sino con la sangre de víctimas racionales; echando, en fin, las redes de la predicación en la vasta extensión de los mares [Hab 1,17; Mt 13,47], han reunido la Iglesia, acrecentada sobremanera, con miembros de todas las naciones que hay bajo el cielo.

Mas, con la multitud nació la presunción, y con la libertad la malicia; el Señor envió la segunda cuadriga de caballos negros, símbolo de duelo y penitencia [Za 6,12], en quienes estaba representado aquel escuadrón de caballeros, conducido por el Espíritu al desierto del claustro, bajo la dirección del nuevo auriga de Israel [4 Re 2,12; 13,14], el santísimo Benito. Bajo su guía, a semejanza de los hijos de los profetas bajo Eliseo [4 Re 2,3], esta milicia restableció en grata sociedad de una alegre convivencia el bien de la vida común, que se había perdido por culpa del número excesivo. Se reparó así la red rota de la unidad y, llegando con obras de piedad a la tierra del Aquilón, de donde viene todo mal [Jer 1,14], hizo reposar en las almas blancas como la nieve [Job 28,22] y en los corazones contritos a Aquel que desdeña habitar en el cuerpo esclavo del pecado [Sab 1,4].

Después de esto, como para restablecer las fuerzas del ejército fatigado, y para devolver el júbilo tras el llanto, lanzó la tercera cuadriga [Za 6,3], tirada por caballos blancos, que simbolizaban los frailes de la Orden Cisterciense y de Fiore, semejantes a ovejas esquiladas y ricas en frutos de caridad, saliendo del baño de la penitencia [Cant 4,2], conducidas por San Bernardo. El, como un ariete a la cabeza del rebaño, en virtud del espíritu divino de que estaba sobrenaturalmente revestido, condujo a su rebaño por valles abundosos en trigo, a fin de que los liberados por él, durante esta marcha clamen con fuerza al Señor, entonen himnos, y coloquen el campamento del Dios de los ejércitos [Gn 32,2] sobre el mar. Con este triple ejército el nuevo Israel hizo frente a otros tantos escuadrones que habían formado los filisteos [1 Re 13,17].

Mas, a la hora undécima, cuando el día ya declinaba hacia el atardecer, y por la abundancia del mal se enfriaba la caridad de muchos [Mt 24,12], y el rayo del sol de la justicia

se acercaba al ocaso, el Padre de familia advirtió que la viña plantada con sus manos [Sal 79,16], a la que había enviado obreros a diferentes horas, conviniendo con ellos el precio de un denario [Mt 20,2], no sólo se había llenado de las zarzas y espinas de los vicios, sino que estaba a punto de ser completamente destrozada por las zorras [Cant 22,15], que intentaban convertirla en amargura de una viña ajena. Por eso quiso congregarse una milicia mejor dispuesta para el combate contra esta multitud de enemigos.

Y así podemos contemplar al presente, después de las tres cuadrigas con diferentes significados, una cuarta, tirada por caballos robustos y de variado color [Za 6,3]. Son las legiones de los Frailes Predicadores y Menores, con jefes elegidos para llevarlos a la par al combate. El Señor suscitó el espíritu de Santo Domingo, y le otorgó como a caballo de su gloria, la fortaleza de la fe y el fervor de la divina predicación, y le hizo brotar el relincho de su cuello [Job 39,19 Vulg.].

Desde su infancia tuvo un corazón de anciano, y eligiendo una vida de mortificación para su cuerpo, buscó afanosamente al autor de la vida. Entregado a Dios como nazareo [Juec 16,17], y consagrado por la profesión de la regla de San Agustín, imitó a Samuel en el servicio asiduo del Santuario [1 Re 3,1], y continuó las piadosas inspiraciones de Daniel [Dan 10,11] en su afán por regular sus deseos. Recorrió fielmente cual valeroso atleta las sendas de la justicia [Sal 22,3] y el camino de los santos. No abandonó ni siquiera por un instante la casa del Señor, ni su oficio de maestro y ministro de la Iglesia militante, sometiendo siempre la carne al espíritu, la sensibilidad a la razón. Hecho un solo espíritu con Dios [Sal 30,33], se esforzó por abismarse en El por la contemplación [1 Cor 6,17], sin descuidar la caridad para con el prójimo, que le impulsó a entregarse con justa medida a las obras de misericordia. Así, combatiendo las delicias de la carne, y alumbrando las mentes endurecidas de los impíos, hizo temblar a la secta de los herejes, y exultar a la Iglesia de los fieles. A medida que crecía en edad, crecía también en gracia [Lc 2,52], y experimentaba una indescriptible felicidad en la entrega a la salvación de las almas. Se dio por completo a la predicación de la Palabra de Dios, engendrando a muchos en Cristo por el Evangelio [1 Cor 4,15], una verdadera multitud que, siguiéndole en su ardua vocación, se consagró al sublime ministerio evangélico. Esto le mereció obtener en la tierra el nombre y oficio de patriarca.

Convertido en pastor y jefe ínclito del pueblo de Dios, instituyó con sus méritos la nueva Orden de Predicadores, la aleccionó con sus ejemplos, y no dejó de confirmarla con auténticos y evidentes milagros. De hecho, entre las obras maravillosas de santidad y muestras de poder con las que brilló todavía en vida, se cuentan diferentes curaciones: dio el habla a los mudos, vista a los ciegos, oído a los sordos, hizo caminar a los paralíticos, y restableció la salud a un gran número de enfermos atormentados por diversas dolencias. En todo esto se muestra claramente la calidad de espíritu que habitaba en la tierra de aquel santísimo cuerpo.

Gracias, pues, a la gran familiaridad que tuvo con Nos cuando ocupábamos un cargo más modesto, teníamos ya pruebas de su santidad, habiendo podido admirar personalmente su vida. Se añade ahora que testimonios cualificados nos han proporcionado la plena certeza de la autenticidad de los milagros de que nos habían hablado. Por tanto, Nos, y la grey encomendada a nuestro cuidado, confiamos poder recibir ayuda de la misericordia de Dios por intercesión de aquel que, después de habernos consolado en la tierra con su grata amistad, nos otorgará desde el cielo la alegría de su poderoso patrocinio.

Con el consejo y asentimiento de nuestros hermanos y de todos los prelados presentes en la actualidad en la Sede Apostólica, decretamos inscribirlo en el catálogo de los santos, estableciendo firmemente y mandando a todos vosotros por las presentes, que celebréis y hagáis celebrar solemnemente su nacimiento para el cielo el 5 de agosto, vigilia del día en que, aligerado del peso de la carne, entró rico de méritos en el lugar santo, hecho semejante a los santos por la gloria. Que el Señor a quien él honró en vida, por intercesión de su plegaria, nos otorgue la gracia en esta vida y la gloria en la futura.

Deseando, en fin, que el venerable sepulcro de este gran confesor, que ilustra toda la Iglesia con el fulgor de sus milagros, sea dignamente frecuentado y honrado por la piedad cristiana; confiando en la misericordia de Dios omnipotente y en la autoridad de sus santos Apóstoles Pedro y Pablo, concedemos de buen grado a todos los fieles que, confesados y verdaderamente arrepentidos, lo visiten todos los años el día de la fiesta, con devoción y la debida reverencia, un año de indulgencia.

Dado en Rieti, el 3 de julio del año octavo [de nuestro pontificado, 1234].



www.traditio-op.org